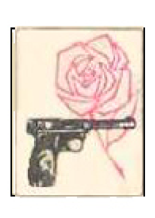




Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Viaje de placer

Se produce un incidente relacionado con la Ciudad de las Estrellas (el Cabo Kennedy o Cabo Cañaveral de los rusos) en el que intervenían tres diplomáticos estadounidenses. Estos diplomáticos fueron apresados, y la cosa pintaba muy mal para ellos… hasta que fue utilizado el Teléfono Rojo para buscar una solución y Mr. Cavanagh decidió jugar su mejor carta: «Enviaremos a Baby a Domodedovo, en un viaje de placer por Europa, y ella lo solucionará todo».



Lou Carrigan

Viaje de placer

Brigitte en acción - 041

Archivo Secreto - 178

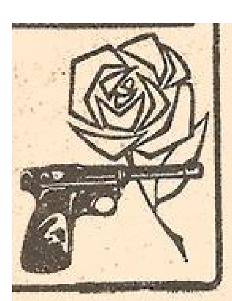
ePub r1.1

Titivillus 26.06.2017

Lou Carrigan, 1966
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

Los dos agentes de la CIA estaban prestando particular atención al helicóptero que en aquel momento sobrevolaba el cuartel general de ese organismo, distanciado muy poco de la ciudad de Washington y próximo a la localidad de Langley. Eran dos hombres altos, fuertes, de recia mandíbula, tostados por el sol. Tenían abierta la chaqueta, de modo que se veían las fundas axilares con sus correspondientes pistolas.

—¿Crees que llega en ése? —indagó uno de ellos.

—Seguramente. Debe de estar dando una vuelta de inspección… o de curiosidad.

El primero en hablar sonrió comprensivamente. Dejó de mirar al cielo, giró el cuello a un lado y a otro, dijo «demonios, voy a pillar una tortícolis», y encendió un cigarrillo. Pero apenas pudo dar un par de fumadas, porque cuando volvió a mirar al cielo vio al helicóptero descendiendo ya hacia el pequeño campo circular rodeado de árboles frondosos.

—Ya baja.

Dejó caer el cigarrillo, lo aplastó con un pie, y echó a andar junto a su compañero hacia donde iba a posarse el aparato sobre la verde, tierna, mullida hierba. Todavía tuvieron que esperar unos segundos a que dejasen de girar las palas del helicóptero, recibiendo el aire caliente lanzado con fuerza contra ellos.

Luego, cuando la cabina de plástico se descorrió, los dos se acercaron hasta quedar junto al aparato. Ambos tendieron su mano izquierda, y el piloto, ataviado con un sencillo «mono» blanco, saltó a tierra, casi suspendido de aquellas manos; luego se quitó una gorrita parecida a la de los jugadores de béisbol…, y una preciosa mata de cabello negro, sedoso, fragante y suavemente ondulado cayó sobre su nuca.

—Gracias, muchachos —sonrió encantadoramente.

Los dos agentes de la CIA se quedaron mirando embobados aquel rostro angelical, de grandes y maravillosos ojos azules llenos de luz, y la boca sonrosada y dulce, la barbilla un tanto firme con un pequeño hoyuelo vertical en el centro… Pero todavía notaron más paralizado su corazón por la placentera impresión cuando el piloto se quitó velozmente el «mono» amplio y poco favorecedor, y la sensacional belleza de la muchacha quedó mucho más visible debido a los largos pantalones negros y el jersey de hilo rojo, ajustado con una elegancia sólo comparable a la belleza estatuaria de aquel busto.

—No sabía que en la CIA teníamos agentes mudos —sonrió la deliciosa viajera.

—¿Eh…? ¡Oh, no, no! Esto… ¿Tuvo buen viaje?

—Excelente —rió ella ahora—. Pero no es eso lo que tienen que preguntarme en primer lugar. ¿Acaso están convencidos, completamente seguros, de que yo soy yo y no soy otra?

—Por las referencias usted sólo puede ser usted —se recuperó uno de los agentes—. Pero de todos modos nos aseguraremos plenamente: ¿Baby?

—Soy Baby —volvió a reír la divina; tendió la mano a ambos—. Y ustedes son Simón y Simón. ¿Okay?

—Okay, Baby. Presentación en regla. El jefe la está esperando.

—Hey —sonrió el otro—, convendría que le avisáramos: el pobre está ya algo viejo, y puede morir de la impresión al ver a Baby, ¿no te parece?

Brigitte Baby Montfort se echó a reír dulcemente.

—En verdad que, soy divina —exclamó—, ¡pero hasta ahora no he matado a nadie con esa arma!

Se echaron a reír los tres. Brigitte se colocó entre ambos, agarrándose a un brazo de cada uno, y se alejaron del campo para helicópteros en servicios especiales…

Los dos agentes lucieron por los pasillos, salas y ascensores de la sede de la CIA la más hermosa mujer que había puesto los pies allí desde su construcción, cosechando bromas, silbidos, miradas de envidia… Por fin se detuvieron los tres ante una puerta grande, sólida, en lo alto de cuyo marco se veían dos pequeñas bombillas, apagadas entonces. Uno de los agentes abrió un pequeño recinto en la pared, junto a la puerta, y tomó el tubo acústico. Sopló, y luego

dijo:

—Ha llegado Baby.

Dejó el tubo, cerró el armarito y alzó la cabeza. Una de las bombillas se había encendido en luz verde. El otro abrió la puerta.

—Adelante, Baby. Y buena suerte.

—Siempre tengo suerte.

Entró en aquella estancia. Primero había un vestíbulo de amplias proporciones, con una mesita, sillones, un sofá… Al fondo había una puerta por la que salió un hombre alto y delgado, en mangas de camisa. Se quedó clavado al suelo, inmóvil unos segundos. Luego agitó la mano derecha haciendo sonar los dedos y silbando suavemente, con incontenible admiración.

—Por aquí, Baby —pareció suspirar acto seguido—. El jefe la está esperando.

Brigitte le siguió, sonriendo. Se encontró en un despacho, con otra puerta al fondo. El hombre que la había recibido la abrió, señaló hacia dentro, y cuando Brigitte pasó por su lado le susurró al oído:

—Hermosa.

Brigitte entró riendo en el despacho de su jefe superior en la CIA. Estaba sentado tras su mesa, fijos en ella sus ojos de un gris tan claro que parecían de cristal. Una mirada fría, que parecía capaz de atravesar algo mucho más sólido que una frente humana para llegar a los pensamientos que hubiera tras ella. Debía de tener cuarenta años, y sus hombros eran amplios, secos, duros, como su cuello sólidamente asentado, bien musculado. Tenía algunos cabellos blancos en las sienes, y las manos grandes, de dedos largos y finos, pero fuertes.

Se puso en pie, y se acercó a Brigitte cojeando visiblemente de la pierna izquierda, pero con elegancia, como si aquella cojera fuese uno más de sus innegables encantos masculinos, a pesar de su aspecto de iceberg.

—Celebro que esté de buen humor —dijo tendiendo la mano—, y me alegro mucho de verla.

—Yo también me alegro de verle, señor —sonrió ella—. Si no recuerdo mal nos vimos poco y hace bastante tiempo.

—Cuando lo de Buenos Aires. Los dos recordamos aquello perfectamente: yo era un agente llamado Simón, y salí del apuro

sólo con una bala en la cadera gracias a cierta muchachita de ojos azules. No he olvidado nunca que le debo la vida, Brigitte.

—Y una tonta cojera —musitó ella.

—La cojera no fue culpa de usted. Y cojo o no, todavía soy útil a la CIA. Tanto que me han colocado en este despacho para dirigir agentes que pueden estar todavía en activo completo. Como usted, por ejemplo. Además todavía sigo siendo un muchacho bastante atractivo.

Brigitte miró con cariñosa simpatía aquellas canas, rostro duro, los ojos claros, como congelados…

—¿Quién lo duda, señor? A mí me lo parece, al menos. Me alegré mucho cuando tío Charlie me dijo que le habían destinado a este puesto. Y los dos estuvimos de acuerdo en que se lo merecía.

El hombre sonrió levemente. Alzó una mano y la pasó por una mejilla de Brigitte, terminando la caricia en la barbilla.

—Ojalá pudiese volver a ser Simón —musitó— y pelear a su lado. Nunca olvidaré su audacia, su inteligencia. Por eso, ahora que soy *Mr*. Cavanagh en lugar de ser un Simón cualquiera, he pensado en usted, y… Bueno, me he permitido tener presentes los buenos tiempos en que nos conocimos.

Se dirigió hacia un rincón del despacho y abrió una puertecilla disimulada en la pared bajándola de modo que quedó lista para ser usada como mesita o como mostrador, dejando visible un hueco que sin duda era un bar, ya que se veía dentro un cubo de plata con una botella en su interior. Lo sacó, y sacó también dos copas y un tarrito de cristal conteniendo rojas guindas.

Brigitte se acercó y estuvo contemplando cómo *Mr*. Cavanagh servía champán en dos copas y luego echaba una guinda en una de ellas antes de ofrecérsela.

—Chinchin —sonrió.

—Chinchin —murmuró Brigitte—. Por los buenos tiempos en Mar del Plata, Simón.

—Ahora soy tan sólo *Mr*. Cavanagh, Brigitte. Y usted uno de mis agentes. Oh, no digo esto para imponerle respeto o establecer posiciones, ni mucho menos. Es que… oírme llamar Simón por usted me entristece muchísimo.

—Lo comprendo.

—Será mejor que nos sentemos. Ah, no diga a nadie que la he

invitado a champán. Para traer hasta este despacho el cubo, el hielo, la botella y las copas he tenido que recurrir a mis habilidades de espía… He engañado a la CIA pero usted se lo merece.

Rieron los dos. Brigitte se sentó, con la copa entre sus dedos, siempre mirando con afectuosa atención a uno de los más audaces agentes de la CIA con los que ella había actuado.

—Si no sabe cómo empezar —susurró— hágalo de cualquier manera. Supongo que me ha llamado porque considera que soy la agente más capacitada para el trabajo que hay que hacer.

Mr. Cavanagh movió afirmativamente la cabeza.

—Así es. Deberá viajar por Europa.

—¿Por Europa… o a Europa?

—Por Europa. No sé cuántos países tendrá que recorrer. Eso quedará a su propia elección. Lo importante es que llegue a su destino. En realidad es un viaje de placer, o poco menos. Me ha parecido que la CIA le debe este viaje de placer.

—¿Voy a ser una turista? —sonrió Brigitte.

—Pues… sí. Sí, creo que ésa es la palabra más apropiada.

—Estupendo. ¿Cuál es mi destino final?

—Moscú.

Brigitte quedó un instante en suspenso. Hubo un rapidísimo parpadeo tal vez de aprensión en sus ojos, pero sin apenas haber dado tiempo a que la conversación quedase interrumpida, inquirió:

—¿Y el punto inicial en Europa?

—El que usted quiera. ¿No la preocupa ir a Moscú?

—Es una ciudad como otra cualquiera. ¿Puedo escoger Palma de Mallorca como primer punto europeo?

—Por supuesto. En realidad es posible que ni siquiera llegue a Moscú. La estarán esperando en Domodedovo, el nuevo aeropuerto moscovita.

—Entiendo. Tendré que conocer a un nuevo Simón, ¿no es así?

—No, no.

—¿No me estará esperando uno de nuestros hombres en Moscú? Entonces ¿quién?

—Aparentemente personal oficial ruso. Pero en realidad cabe temer que habrá no menos de dos agentes de la MVD. Es natural: nosotros haríamos lo mismo…, aunque sólo fuese por precaución.

Ahora sí que estaba Brigitte boquiabierta por la sorpresa.

—No sé si he entendido bien… ¿Ha dicho que me estarán esperando en Domodedovo algunos agentes de la MVD?

—Sospecho que será así.

—¿Y ellos sabrán que yo pertenezco a la CIA?

Una dura sonrisa pasó por los labios de *Mr*. Cavanagh.

—Oficialmente no, ya que, también oficialmente, se supone que no habrá espías rusos entre quienes la esperan allá. Pero nosotros no vamos a engañarnos: habrá agentes secretos rusos de la MVD, y, como es natural, ellos sospecharán que usted pertenece a la CIA. Pero no ocurrirá nada. Su viaje es amistoso… esta vez.

—¡Amistoso! —exclamó Brigitte—. No hace mucho, en Panamá, maté a varios agentes rusos y apresé a una mujer que…

—Como es natural ya sé eso[1]. Pero el asunto de Panamá es punto y aparte. Por otro lado la MVD no sabe quién liquidó a sus agentes de Panamá, y, además, usted va a viajar como simple particular, o periodista. El hecho de que ellos piensen o crean que usted es de la CIA no nos importa, porque el trato ha sido perfectamente definido por medio del Teléfono Rojo.

De nuevo quedó Brigitte boquiabierta.

—Pero… ¡El Teléfono Rojo! ¿Qué es lo que está pasando?

—Es un asunto muy delicado. Los rusos han atrapado a tres hombres que trabajaban para nosotros de un modo… esporádico.

—¿Los van a juzgar? —Palideció Brigitte. Cavanagh parecía hondamente preocupado.

—De eso se trata. Uno de nuestros agentes fijos en Rusia se apresuró a comunicar a Washington lo que sucedía: los rusos habían detenido a tres empleados de nuestra embajada en Moscú, acusándolos de intento de soborno a militares rusos de guarnición en la Ciudad de las Estrellas. Como es natural, ese intento de soborno, especialmente a militares, implica espionaje.

—¿Es seguro que esos tres empleados nuestros en la embajada de Moscú están detenidos?

—Por supuesto. Y, como le digo, acusados de espionaje. Sin embargo, los rusos todavía no han hecho pública la acusación. Y como nosotros nos hemos enterado de lo que está sucediendo hemos hablado con Moscú por el Teléfono Rojo, intentando… arreglar un poco la situación.

—Supongo que no va a pedirme que saque de Moscú y de Rusia

a esos tres hombres.

—Sería imposible, lo sé muy bien. Sólo se trata de que usted lleve un microfilme al aeropuerto de Domodedovo.

—¿Ha habido trato?

—Inicialmente sí.

—¿Un canje?

—Algo parecido. Los rusos se comprometen a dejar en libertad a nuestros tres compatriotas a cambio de ese microfilme. Pero antes, naturalmente, querrán asegurarse de que el contenido de ese microfilme es auténtico.

—Eso significa que yo quedaré retenida en Domodedovo por una hora o más antes de emprender el regreso. Incluso es posible que me trasladen a Moscú y me tengan retenida allí bastante tiempo.

Un brillo irónico apareció en los ojos de *Mr*. Cavanagh.

—Es posible, desde luego —admitió.

—¿Por qué no envía ese microfilme por vía normal, o diplomática? Incluso podría ser entregado anónimamente por uno de nuestros agentes en Moscú.

—Ninguna de esas cosas interesa. Por vía normal es muy expuesto. Por vía diplomática podría ocasionar una serie de… contratiempos y complicaciones que Washington no está dispuesto a aceptar. En cuanto a utilizar un agente nuestro residente en Moscú, significaría tener que enviarle el microfilme, hacérselo llegar a sus manos sin vigilancia ni protección; eso, aparte de la posible localización… y quizá exterminación de tal agente. No, no… Lo hemos estudiado bien: el único medio es que otro ciudadano americano «que no sabe lo que está realmente haciendo», llegue a Moscú y entregue el microfilme al personal ruso que le estará esperando.

—Lo comprendo. Pero es posible que Moscú tenga informes sobre la agente secreta americana Brigitte Montfort. En tal caso mi postura va a ser… desagradable.

—Peligrosa —rectificó Cavanagh—. Pero no disponemos de nadie más adecuado para esta misión en estos momentos. Por varios motivos. Uno, que usted conoce perfectamente Europa. Dos, que posiblemente ellos no esperaran a una mujer. Tres, que usted habla el ruso. Cuatro, que su profesión de periodista es muy… apta para viajar. Cinco, que usted es habilísima para ir de un lado a otro por

cualquier medio. Seis, que sabemos que encontrará la solución a esa permanencia mínima de una hora en Domodedovo. Siete, que estamos seguros de que nadie podrá quitarle el microfilme. Ocho, que usted sabe matar si es preciso. Nueve, que…

—Ya hay suficientes motivos —sonrió Brigitte.

—Pero no está obligada a aceptar.

—¿No? Creí que era una orden.

—Lo es. Pero usted es para mí algo más que la mejor agente, Brigitte. Si no quiere arriesgarse no irá a Moscú.

—¿Iría otro agente?

—Es inevitable.

—¿Menos preparado o preparada que yo?

—Para esta misión concreta, sí, menos preparado. Digamos menos idóneo.

—Entonces iré. ¿Cuál es el plan a seguir?

De nuevo apareció el brillo irónico en los ojos del hombre.

—Ninguno. Sólo debe decirme cuál será su primera escala en Europa. Lo demás debe solucionarlo usted sola. Debe recorrer Europa, llegar a Domodedovo, entregar el microfilme, y volver.

—¡Qué sencillo! ¿Por qué debo señalar cuál será mi primera escala en Europa?

—Porque es donde le entregarán el microfilme. Ese microfilme está en nuestros archivos de allá. Un agente se lo entregará a usted y saldrá definitivamente del asunto. Lo demás es cuenta suya.

—Está bien. ¿Qué contiene ese microfilme?

—Las fotografías y demás datos de seis rusos que están efectuando espionaje en Moscú… a favor de la China comunista.

Brigitte emitió un gracioso silbido.

—Caramba… ¡Ahora comprendo por qué los rusos han aceptado el canje!

—Se interesaron mucho. Yo creo que, actualmente, nuestro espionaje en Moscú es tan tupido, tan perfecto, que tres hombres más o menos de los nuestros no van a solucionarles nada. En cambio la detención de seis traidores rusos que están informando a China comunista les puede abrir muchas posibilidades en sus tirantes relaciones con ese país. Supongo que tienen la esperanza de cortar el mal de raíz con respecto al espionaje chino. Cosa que no conseguirían con nuestro espionaje quitando de circulación a tres

vulgares empleados de nuestra embajada.

—Claro. Sí, se habrán sentido muy interesados. Es un trato bueno para ellos. Supongo que a esos seis traidores rusos los han localizado nuestros agentes en Rusia.

—Desde luego. Y los vamos a canjear por tres de nuestros compatriotas. Es una cochina jugada la que les hacemos a los chinos, ¿verdad?

Se echaron a reír los dos.

—Y al mismo tiempo —añadió Brigitte— les hacemos un favor a los rusos… Hasta me parece divertido.

—En cierto modo lo es —admitió *Mr*. Cavanagh—. Pero lo que a nosotros nos importa es que esos tres americanos de la embajada de Moscú regresen a Estados Unidos. Lo que los rusos hagan con los traidores que están espiando para los chinos ya no nos importa lo más mínimo.

—Evidentemente. Sin embargo, es lástima perder de vista a esos tres espías traidores a Rusia. Se podría sacar partido de ellos.

—Ya les sacamos partido con este canje. Pero además, esos seis son tan sólo una parte de los que tenemos localizados… ¡No íbamos a entregárselos todos!

De nuevo se echaron a reír. Cavanagh se levantó, fue hacia el clandestino bar y regresó con la botella y otra guinda que tomó con las pinzas del tarro de cristal. Sirvió a Brigitte de nuevo y también para él, y se quedó mirando el dorado líquido burbujeante.

—¿Quiere creer que hacía tiempo que no bebía champán por el simple gusto de hacerlo? Temo que me falta imaginación… Ah, su día de llegada a Domodedovo es el viernes, cinco de agosto. Como hoy es martes veintiséis de julio creo que tiene tiempo sobrado para hacer ese viaje como crea conveniente… La hora de llegada será las once y veinte minutos de la noche Es decir, cuarenta minutos antes de que empiece el sábado día seis. Luego… Perdone.

Cavanagh fue hacia el intercomunicador y admitió la llamada cuyo zumbido le había interrumpido.

—¿Sí, Ralph?

—Ha llegado un importante mensaje anónimo relacionado con el asunto del canje. ¿Se lo paso?

—Inmediatamente.

Cerró el aparato y se quedó mirando la puerta, que se abrió casi

enseguida, dejando paso al hombre flaco en mangas de camisa. Entregó un papel a Cavanagh y salió sin haber dicho una sola palabra. El jefe máximo de Brigitte dedicó su atención al papel durante unos segundos. Luego miró a Brigitte con el ceño fruncido, evidentemente preocupado.

—Esto ya no me gusta tanto. Espero que no le compliquen el viaje de placer, Brigitte…

Capítulo II

—¿Tenemos noticias de la MVD? —sonrió Brigitte.

—Así es. Tenga, léalo.

Brigitte tomó el mensaje. Estaba formado con letras mayúsculas recortadas de periódicos y pegadas en una hoja de papel.

Decía:

> NO MÁS TELÉFONO ROJO PARA ACTUAL ASUNTO DE CANJE. UN AGENTE RECOGERÁ MICROFILME PERSONALMENTE EL MARTES VEINTISÉIS JULIO A LAS DOCE DE LA NOCHE EN NUEVA YORK, EN LA PUNTA SUDOESTE DE RESERVOIR LAKE. AGENTE CIA DEBERÁ ESTAR ALLÍ, SOLO, Y FUMAR DOS CIGARRILLOS SEGUIDOS. EL JUEGO SERÁ LIMPIO.

—Me gusta porque a veces tienen sentido del humor —dijo jocosamente Brigitte—. ¿Qué entenderán ellos por juego limpio?

—No me gusta el mensaje —gruñó *Mr*. Cavanagh—. Me convence mucho más el plan inicial. Sin embargo, comprendo que a usted le satisfaga más éste…

—Por el contrario —contradijo Brigitte—… Me encantará viajar por Europa.

—Estupendo. Comunicaremos por el Teléfono Rojo que…

—No, no… No es necesario. Es de suponer que el agente ruso que ha enviado este mensaje tiene medios de comunicar más o menos rápidamente con Moscú.

—Bueno, pero si a él no vamos a verlo…

—¿Quién ha dicho que no iremos a verlo? Reservoir Lake está en Central Park, o sea, a poca distancia de mi apartamento. Son apenas las doce de la mañana, de modo que en doce horas tengo tiempo más que sobrado para acudir a esa cita. Incluso tendré

tiempo de preparar adecuadamente mi equipaje.

—No creo aconsejable que en esta ocasión su equipaje sea muy voluminoso. Es simplemente un viaje… relámpago.

—Sólo llevaré lo imprescindible, esté seguro de ello. Pero elegir un equipaje ligero y al mismo tiempo adecuado resulta un poco difícil, ¿no cree?

—Para una mujer corriente sí —sonrió Cavanagh—. Me gustaría invitarla a almorzar, pero me parece que los dos podemos retrasar ese placer hasta el cumplimiento de su misión. Siempre hay muchas cosas que hacer.

—Desde luego. Regreso inmediatamente a Nueva York. Me pondré en contacto con tío Charlie y él le dirá en su momento lo ocurrido con este agente ruso —agitó el papel del anónimo— y cuál será mi primer destino en Europa.

—Inmediatamente yo avisaré para que un agente le lleve el microfilme. No olvide que luego tendrá que valérselas sola.

—Pobrecita de mí —gimió Brigitte.

Cavanagh sonrió cariñosamente, alzando la copa.

—Chinchin, Baby —brindó.

—Chinchin —correspondió ella dulcemente.

Luego, tras beber el champán, se acercó a su jefe y le besó ligeramente en los labios, que parecían petrificados. Le entregó la copa, sonrió, y salió del despacho.

Afuera Ralph se puso de pie al verla.

—Soy soltero —dijo.

—Yo también —rió Brigitte—. ¿Verdad que se está muy bien así?

—Eso creía yo… hasta ahora.

—Siga creyéndolo. Hay que tener fe en nuestras propias ideas, Ralph.

Salió del antedespacho, cruzó el vestíbulo, y apareció en el pasillo, donde la estaban esperando los dos agentes primeros.

—¿Terminó?— preguntó uno.

—Okay, Simón.

—¿Adónde tenemos que llevarla?

—Al helicóptero. Regreso inmediatamente.

—Pues es una cochina jugada —protestó el otro.

Se alejaron del despacho, riendo los tres, siempre Brigitte cogida

de un brazo de cada uno.

Poco después llegaban junto al helicóptero, y ella volvió a ponerse el «mono» blanco y la gorrita de jugador de béisbol. Luego, sonriendo, besó a Simón y Simón en la mejilla.

—Hasta la vista, queridos.

—Que sea pronto, Baby.

La ayudaron a subir al helicóptero, las palas de éste comenzaron a girar, y segundos después se elevaba con suave balanceo.

—He ahí una chica tan dulce que engañaría a la mismísima mermelada —dijo Simón.

—¡Quién fuese mermelada!

* * *

La campanilla de la puerta de la floristería sita en el número 1044 de la Segunda Avenida de Manhattan, New York, sonó al ser abierta la puerta, y, casi enseguida, apareció un hombre procedente de la trastienda. Tenía un poco de tierra en las manos, y frente a su delgada cintura y amplio tórax se veía el delantal de cuero del jardinero profesional. Todo un tipazo, alto y atlético, de ojos sonrientes, atractivo…

Se quedó sonriendo encantado de la vida al ver a la clienta.

—Buenas tardes, señora. ¿En qué puedo servirla? La dependienta se fue ya, pero con mucho gusto yo mismo…

—Oh, Simón, menos palabrería —sonrió Brigitte—… ¿Está tío Charlie en casa?

—La espera. ¿Qué tiempo hace por Washington?

—Bueno.

—Naturalmente. Aquí se puso el día nublado en cuanto se fue usted para allá. ¿Le preparo rosas rojas?

—Un par de docenas, como siempre. Mientras tanto iré a ver a tío Charlie. ¿Está de buen humor?

—Relativo. Como siempre. Pero se le caerá la baba al verla a usted.

Riendo, Brigitte entró en la trastienda, estaba llena de cajas y saquitos conteniendo semillas, así como manojos de esquejes de diversas plantas. Cruzó aquella parte de la floristería y salió al jardín. Enseguida vio a tío Charlie, inclinado sobre una planta

rastrera, verde y amarilla, de hojas diminutas. Se acercó a él silenciosamente, le puso un dedo en las costillas, y dijo:

—Muere, villano.

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, con mando en grupo de agentes especiales, respingó fuertemente, saltó a un lado empuñando la pequeña azada…, y cayó sentado en la tierra, mientras Brigitte se echaba a reír alegremente.

—Vamos, tío Charlie, ¡hay que cuidar esos nervios! ¿Acaso no confía en Simón como vigilante?

Pitzer se puso en pie, refunfuñando:

—No debería estar usted aquí. Es comprometido para ambas partes. Si la tienen identificada a usted nos identificarán a Simón y a mí, y si…

—Y si los tienen identificados a ustedes me identificarían a mí, ya sé el cuento de siempre. Pero estamos en Estados Unidos, no en Rusia, o sea, que podemos movernos con toda tranquilidad.

—Sólo con un poco, no con toda —rectificó Pitzer—. ¿Por qué no ha llamado por la radio en lugar de venir?

—Porque hay cosas que no se pueden solucionar por radio, querido. Por ejemplo, recoger dos docenas de rosas rojas… y una cámara fotográfica especial que en estos momentos no tengo disponible en mi equipo en casa.

—¿Qué clase de cámara?

—Película infrarroja.

—¿Para qué la quiere?

—Tengo una cita esta noche, dentro de cinco horas, en Central Park.

—Ah, ya. ¿Realmente cree que podrá engañar a ese hombre de la MVD?

—¡Naturalmente! Querido, soy Brigitte Montfort, no una Mata Hari cualquiera…

—Tenga cuidado en no acabar como ella —masculló Pitzer.

—¿Por qué no? —murmuró Brigitte—. A fin de cuentas también mi madre acabó sus días así.

—Lo siento, Brigitte. No pretendía…

—Lo sé, no sea tonto, tío Charlie. Deme la cámara, Simón me dará las rosas, y me iré. Todavía tengo que ir a la agencia de viajes a conseguir pasaje en el más próximo avión una vez pasadas las

doce, y a pedir que me reserven una *suite* en el mejor hotel de Palma de Mallorca.

—¿España será su primer punto?

—Sí. ¿Qué hay de la cámara?

—Venga conmigo.

Regresaron a la trastienda, y allá Pitzer abrió un compartimiento secreto en el pasillo que daba a una reducidísima habitación en la que había una potente radio en un lado y un armario en el otro. Abrió el armario y quedaron a la vista los más diversos aparatos afines al espionaje, desde una cajita conteniendo «oídos mágicos», hasta una flor artificial que se convertía en un agudo punzón apto para matar a un hombre en un segundo.

—Es una bonita rosa —dijo Brigitte—: sentará bien con mi indumentaria.

La cogió y se la puso en el ojal de la chaqueta del traje sastre, mientras Pitzer conseguía la cámara que ella había pedido.

Era del tamaño de dos cerezas colocadas una encima de la otra, y tenía forma cónica.

—Ésta es la más apropiada para usted, Brigitte. ¿Sabrá cómo hacerla funcionar?

Brigitte lo miró sorprendida, pero en el acto una dulce sonrisita irónica apareció en sus labios.

—Dígame una cosa, tío Charlie: ¿no es cierto que usted está muy perocupado por este viaje mío a Moscú?

—Me importa un rábano adónde vaya. Y si es tan loca de aceptar misiones de esta clase allá se las arregle.

—Usted me ha enviado a misiones bastante más peligrosas —recordó ella—. A fin de cuentas éste va a ser sólo un viaje de placer.

– ¡De placer…! —Casi gritó Pitzer—. ¡Espero que tenga en cuenta que el turismo no se ha inventado para los espías!

—Yo soy genial: haré turismo. Ciao, tío Charlie. Le llamaré dentro de un par de horas.

Le dio un besito, salió a la tienda, donde Simón le tenía preparadas las dos docenas de rosas rojas, y las tomó, oliéndolas con gran placer.

—Magníficas, Simón. Espero que todavía queden rosas de éstas cuando regrese de mi viaje de placer.

—Y yo espero que usted pueda disfrutar de ellas.

Brigitte se besó un dedo, lo puso en los labios de Simón, sonriendo, y abandonó la floristería con su gracioso caminar.

* * *

Con la punta del primer cigarrillo encendió el segundo, mirando a su alrededor, esperando la aparición del agente ruso que había enviado la nota nada menos que a la sede de la CIA citando a aquella hora y en aquel lugar de Central Park al agente de este organismo.

Llevaba apenas cuatro fumadas cuando vio aparecer a un hombre que se acercaba descuidadamente. A su derecha Brigitte tenía las aguas del lago; a la izquierda, y en realidad ocupando todo el terreno que podía utilizar para huir, aquel hombre surgido de la espesura poco tranquilizadora a aquellas horas de Central Park. Pero el hombre no emprendió ninguna acción violenta contra ella. Se acercó, se detuvo a tres pasos mirando a todos lados, y susurró:

—¿CIA?

—¿MVD? —sonrió Brigitte.

—¿Ha traído el microfilme?

—Desde luego que no.

—¡En mi nota les decía…!

—No sea ridículo. Usted puede tener sus propias pretensiones al respecto, pero nosotros hemos decidido hacer las cosas como se convino en primer lugar. Uno de nuestros agentes llevará el microfilme a Domodedovo, su flamante aeropuerto moscovita. Eso es todo. Bien entendido que ese agente gozará de absoluta inmunidad. De lo contrario las cosas se pondrían… desagradables.

—¿Me está amenazando? Brigitte encogió los hombros.

—Si no tiene nada más que decir me iré. Están esperando mi confirmación de que usted ha sido avisado de nuestra última decisión. Les diré que está conforme. Buenas noch… ¡Oh!

Brigitte había iniciado la media vuelta, al parecer decidida a alejarse, pero le falló un pie y estuvo a punto de caer. Recuperó ágilmente el equilibrio, pero quedó vacilante. Se quitó graciosamente uno de los zapatos y se quedó mirando el tacón despegado.

—Supongo que son cosas que solamente nos ocurren a las

mujeres —dijo festivamente.

—Desde luego. En esto, como en todo, las mujeres no saben mover los pies adecuadamente. Respecto al microfilme…

—Mire, no creo que deba usted insistir. Sólo soy una chica corriente que ha recibido instrucciones respecto a lo que debía decir. La decisión no me corresponde a mí, de modo que no creo que tengamos nada más que hablar.

—¿Cuándo piensan enviar al agente de ustedes?

—Llegará a Domodedovo a su debido tiempo.

—Lo supongo. Pero me gustaría saber…

—¿No puede entenderlo? Yo no sé nada. Sólo unas pocas palabras que debía decirle a usted. Y ya se las he dicho.

—Es absurdo que ustedes se empeñen en desplazar un hombre a Moscú sólo para entregar un microfilme cuando yo puedo hacerme cargo de él.

—También es absurdo que usted se haya desplazado a Nueva York sólo para recoger un microfilme que podría tener a domicilio. Definitivamente buenas noches.

Ahora sí dio la vuelta, calzada en un solo pie y llevando el zapato estropeado en una mano. Se arregló caminando con una graciosa ridiculez que solucionó quitándose el otro zapato.

Llegó a donde había dejado su coche, se metió dentro, cerró la portezuela, y sacó una cajita del salpicadero. La abrió y de ella extrajo un aparato en cuya parte frontal había un pequeño tablero numerado con una delgada aguja oscilatoria. Apretó un botoncito, y la aguja comenzó a moverse rápidamente de izquierda a derecha, al tiempo que se oía el suave cricri de un finísimo mecanismo.

Sonriendo burlonamente Brigitte dejó el aparato en el asiento contiguo, y puso el coche en marcha.

Salió de Central Park por la esquina de la 59th Street y la Quinta Avenida, y luego bajó por ésta hasta la Catedral de San Patricio. Detuvo el coche a un lado, se apeó llevando en una mano el aparato de la aguja oscilatoria, y el cricri se fue intensificando a medida que lo aproximaba a los bajos del coche. Se dejó caer de rodillas cuando el chirriar del aparato era más intenso y la aguja oscilaba más fuertemente; metió la mano bajo el coche y fue tanteando hasta encontrar lo que buscaba. Sacó un pequeño disco metálico con fijación por magnetismo, y se lo quedó mirando como si acabasen

de gastarle una broma de lo más divertida.

Volvió al interior del coche, lo puso de nuevo en marcha, y continuó Quinta Avenida abajo, hasta ver lo que estaba buscando: un coche de la Policía Metropolitana. Otra vez detuvo el coche, se apeó, fue hacia el de la Policía, y se las arregló para colocar el pequeño disco metálico en la trasera del vehículo policial. Regresó a su coche, lo puso de nuevo en marcha, y se alejó de allí, riendo sola, como una niña traviesa.

Habría dado cualquier cosa por ver la cara que pondrían los de la MVD cuando su detector les llevase directamente hasta un coche de la Policía Metropolitana.

Veinte minutos después entraba en su apartamento, con los zapatos en una mano. Peggy salió de la zona de servicio inmediatamente.

—Han llamado de la agencia de viajes, señorita. Tiene reservado pasaje para el vuelo de las ocho de la mañana en el Kennedy Airport. Es el vuelo 474. Llegada a Palma de Mallorca a las cinco de la tarde. En Palma de Mallorca tiene reservada una *suite* en el Hotel Bahía, que, tal como usted pidió, es uno de los mejores.

—Gracias, Peggy. Ve a decírselo a tío Charlie por la radio privada. Dile también que conseguí la fotografía del hombre, y que se la llevarás mañana por la mañana. Que me envíe informes sobre ese hombre al hotel de Palma de Mallorca.

—Sí, señorita.

Justo entonces sonó el timbre de la puerta del apartamento, y Peggy, a una señal de la divina espía, fue a abrir. Regresó llevando junto a ella a Frank Minello. Y Frank Minello llevaba en brazos un ser pequeñísimo, ridículo, que ladraba aguda y desaforadamente. Tan pequeño era que la mano de Minello, que lo acogía, parecía un enorme capazo.

—Hola, preciosa —sonrió el atlético periodista—. ¿No me has oído?

—¿Oírte? ¿Cuándo?

—Te llamaba cuando entraste, pero te has metido en el ascensor sin hacerme caso. Me odias, lo sé.

—Con toda mi alma —sonrió Brigitte; señaló al diminuto ser que portaba Frankie—… ¿Qué es eso?

—Un chihuahua, uno de esos perritos que algunas señoras llevan

en el bolso. ¿No es divertido?

—Oh, sí, mucho… ¿De dónde lo has sacado?

Minello suspiró tristemente.

—¿Ni siquiera te has enterado de que he estado cinco días en México para hacer un reportaje respecto a los preparativos iniciales de los Juegos Olímpicos del próximo turno? ¿No me has encontrado a faltar?

—Oh, sí, Frankie, claro que sí…

—Mentira —volvió a suspirar Minello—. Pero no importa. Yo sí pienso siempre en ti, y te he traído un regalo de allá. Me pareció que te gustaría este perrito.

—Pues… Bueno, te lo agradezco mucho. Pero me parece bastante escandaloso, ¿no crees? A ver, déjame tomarlo…

El diminuto chihuahua ladraba con toda la fuerza de su cuerpecillo, y sus ojos de ratón iban de un lado a otro, nerviosos, asustados… Pero apenas estuvo en las manos de Brigitte se calló, de repente, como si fuese una radio y acabasen de desconectarla.

—Zambomba —masculló Minello—… ¡Si será asqueroso el bicho! ¡A mí me ha estado fastidiando toda la tarde con sus ladridos, el muy…!

—Pero tú no tienes mi encanto, querido —rió Brigitte—. Muchas gracias por el regalo… y buenas noches.

—¡Buenas noches! —protestó Minello—. ¿Es que ni siquiera merezco una invitación a cenar después del sacrificio que me ha costado traerte este… este monstruo?

—Frankie, sé que me has estado esperando en la calle, pero… ¿no te das cuenta de la hora que es? Ni siquiera comprendo cómo tienes tanta paciencia. En fin, gracias por tu obsequio. Es un perrito muy lindo, y lo querré mucho. Pero ahora no puedo atenderte como mereces.

—Eres cruel conmigo, Brigitte. Pero te amo, y soy buen perdedor. Si hay otro hombre en tu vida…

—¡En mi vida hay muchos hombres! —rió ella—. Anda, Frankie, no seas pesado y márchate. Estoy muy ocupada.

—¿Tienes que escribir algún artículo para el ogro?

—Claro. Eso. ¿Te vas o te echo?

—Me voy, me voy… ¿Estás contenta con el perrito?

—Muchísimo. ¡Márchate ya!

—¡Desconsiderada! —aulló Minello.

Y se dirigió hacia la puerta, seguido de Peggy. Cuando ésta regresó al salón el perrito chihuahua estaba lamiendo una mano de Brigitte con todo entusiasmo, estremecido de alegría.

—Es simpático —sonrió la divina.

—¿Qué… qué hago con él? —Parecía asustada Peggy.

—Me lo llevaré —rió Brigitte—. Estoy segura de que será un compañero entretenido en este viaje por Europa. Y apuesto a que nadie va a pensar que una espía se dedica a pasear un perrito escandaloso estando en acto de servicio. Ve a llamar a tío Charlie. Pero no le digas lo del perrito… ¿Cómo podríamos llamarlo?

—Inoportuno —dijo Peggy sin vacilar, sonriendo.

—No, no… Lo llamaré…, lo llamaré… ¡Lo llamaré Cicero, como aquel famoso espía!

Lo dejó sobre el sofá, Peggy fue a cumplir sus órdenes, y ella entró en el cuarto privado del apartamento. En un rincón estaba el pequeño laboratorio de revelados y fotografías. Acabó de despegar el tacón del zapato, le quitó la parte más ancha, y lo volvió al revés: la pequeña cámara para fotografías infrarrojas cayó en su mano, dejando en la punta del tacón un agujero circular y diminuto, por el cual había actuado el objetivo. Poco después tenía reveladas las tres fotografías del hombre de Central Park:

un tipo de cara delgada pero recia, ojos alargados, nariz algo ganchuda, pelo lacio, y con una pequeña verruga en la comisura izquierda de la boca.

Brigitte salió del cuarto privado, requiriendo:

—¿Y la cena, Peggy?

—La serviré inmediatamente.

—Estupendo. ¿Qué dice tío Charlie?

—Todo entendido y espera las fotografías.

—Están en este sobre. —Se lo tendió—. Recuerda que debes llevárselo mañana temprano. Ahora cenaré, luego prepararemos mi equipaje sencillo, y espero dormir dulcemente antes de emprender el viaje… Y mañana, a las cinco de la tarde, estaré en Palma de Mallorca. —Miró al chihuahua y sonrió—… Cicero y yo vamos a divertirnos mucho en este viaje. ¿No es cierto, Cicero, cariñín?

El perro lanzó un alegre ladrido.

¿Quién no, ante la perspectiva de efectuar un viaje de placer

nada menos que con Brigitte Montfort?

Capítulo III

El avión tomó tierra en el aeropuerto de Son San Juan a las cinco y diez minutos de la tarde. Y después de cumplidos los trámites de las aduanas españolas Brigitte se trasladó al Hotel Bahía en un taxi. El hotel estaba delante mismo del mar, con vistas a los muelles. Y en él, efectivamente, por medio de la agencia de viajes, Brigitte Montfort tenía reservada una *suite*.

Que resultó estar orientada a la fachada, de cara al mar azul intenso, bajo un cielo completamente despejado. Brigitte abrió el bolsomaletín de color rosa y sacó al chihuahua, sonriendo, alzándolo para mostrarle la bahía.

—¿No es hermoso esto, Cicero? Ya verás cómo vamos a divertirnos mucho, y conocerás lugares muy bonitos, y…

El timbre del teléfono dejó a Cicero sin saber las otras muchas cosas que la divina espía podía explicarle. Sosteniéndolo en una mano Brigitte acudió al telefono, dejándose caer en el sofá.

—¿Sí?

—¿Baby?

—Oh, Simón… Es usted velocísimo, querido. Apenas acabo de llegar.

—Lo sé. Yo llegué ayer por la noche, para estar aquí cuando llegara usted hoy.

—Muy amable. ¿Qué tal se está en Palma?

—Fantásticamente. Parece que el mundo deja de girar aquí. Pero, lamentablemente, sigue dando vueltas sin cesar.

—Usted es un experto en geografía —rió la divina—. ¿Debo entender algo especial con todo esto?

—Pues… digamos que si el mundo no se detiene nosotros tampoco debemos detenernos.

—Es casi escalofriante. ¿Debo partir de Palma muy pronto?

—Cuanto antes. ¿Sabe dónde está la Catedral?

—Más o menos. Pero supongo que podré encontrarla fácilmente: se ve desde cualquier punto de la ciudad, según parece. ¿Por qué?

—La espero allí esta noche a las doce.

—Ah, no… A las doce no, querido. Que sea a las doce y cinco.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta la hora de los fantasmas. ¿Tiene el encargo para nuestros amigos?

—Desde luego. Le ruego que preste atención, Baby. Nos veremos a las doce, de modo…

—A las doce y cinco minutos.

—De acuerdo. A las doce y cinco minutos. Inmediatamente usted saldrá de Palma. No deberá permanecer aquí ni un minuto más del tiempo necesario.

—¿Cuál es la razón?

—Nuestros competidores. Usted ya sabe lo que ocurre con la gente que se dedica a nuestros negocios. Parece que no pasa nada, pero en el aire flota un olorcillo que no me gusta nada. Si quiere que se lo explique…

—He notado ese olorcillo muchas veces, Simón. ¿Cree que nuestros competidores están por aquí y que pueden pisarnos el negocio?

—Ya le digo que es sólo un olorcillo… un poco pestilente. Figuraciones mías, quizá. Pero esas figuraciones, esas… corazonadas me han permitido seguir venciendo a los competidores durante la friolera de nueve años en Europa. ¿Lo comprende?

—Lo comprendo. Y admiro su olfato. En nuestros negocios mantenerse fuera del alcance de la competencia por nueve años es poco menos que un prodigio. Le haré caso. ¿Qué ruta me sugiere?

—Ninguna en especial. Simplemente abandone Palma. Imagínese que el suelo está candente para usted. Corra cuanto pueda. Olvídese de los barcos. Avión, Baby. Tome pasaje para el más cercano a la hora doce y cinco minutos. ¿Okay?

—Okay, Simón. ¿Necesita ayuda, quizá?

—De momento no.

—Lo celebro. ¿Cómo lo identificaré, junto a la Catedral?

—Yo la identificaré a usted, si los datos que me han facilitado no son falsos.

—¿Qué datos son esos?

—Deberé entregar el pedido a la más hermosa mujer que haya visto jamás. ¿Son datos falsos?

—Son auténticos —rió la divina—. Ya nos veremos.

—De acuerdo.

Brigitte colgó, y se quedó mirando pensativa el teléfono.

Por supuesto había aprendido hacía ya tiempo que cuando el Simón de turno le decía que debía correr era porque no se podía hacer otra cosa. Eso la hizo afirmarse en su idea de que el viaje por Europa no iba a ser tan placentero como *Mr.* Cavanagh había parecido creer… ¿O no lo había creído? Posiblemente *Mr.* Cavanagh había sabido en todo momento que la cosa no sería tan fácil como parecía… Y por eso precisamente la había elegido a ella para aquella misión.

Luego estaba el truco de que la habían hecho objeto en Nueva York. Era evidente que los agentes rusos querían saber quién iba a ser el agente americano encargado de llevar el microfilme a Moscú, y no habían encontrado mejor modo de conseguirlo que seguir a quien se había puesto en contacto con ellos en Central Park.

La jugada…, la sucia jugada de la MVD parecía bastante clara: apoderarse del microfilme antes de que llegase a Domodedovo, de tal manera que, al no recibirlo «oficialmente», no tuviesen que soltar a los tres empleados de la embajada norteamericana en Moscú. Negarían estar en posesión del microfilme, y por tanto retendrían a los tres norteamericanos. Al mismo tiempo habrían eliminado al agente encargado de entregarles el microfilme en Domodedovo, sin darle tiempo a llegar allí… Es más: quizás esperaban que aquel agente de la CIA enviado con tan pacífica misión pudiese informarles de muchas cosas referentes al espionaje de ese organismo en Rusia.

—Me parece, Cicero, que estamos metidos hasta el cuello en una sucia y cochina maniobra de espionaje soviética.

El chihuahua se la quedó mirando, expectante, brillantes sus grandes ojos. Pero como viera una amable sonrisa en los hermosos labios humanos le dio una lametón en una mano a Brigitte y lanzó un gemido de satisfacción. Seguro que todo tenía que ir bien junto a aquel fantástico y cariñoso ser humano.

Brigitte abrió su única maleta, sacó su equipo, y alzó el doble fondo, donde llevaba la pistola y algunas cosillas más que podían

dar serios disgustos a quien la molestase. Pero aquella noche parecía que todo lo que podría necesitar era la pistola, de modo que la sacó y la pegó a su muslo izquierdo con las consabidas tiras de esparadrapo color carne, siempre bajo la curiosa y cariñosa mirada del diminuto Cicero.

—No me mires así —sonrió la divina—... ¡Pareces un hombre!

Las pequeñísimas orejas se atiesaron, y un contenido ladrido de alegría brotó de la boca pequeña pero bien provista de agudos dientes.

—Sólo son las siete menos algunos minutos... Una buena idea, Cicero, sería darse un paseíto por Palma y cenar en un bonito sitio hasta la hora de ver a Simón. ¿Te gustaría venir conmigo?

* * *

Estaban dando las doce cuando Brigitte empezaba a rondar por las cercanías de la Catedral, llevando en el bolsomaletín a Cicero. La iluminación de la Catedral era tanta que Brigitte se preguntó hasta qué punto había acertado Simón al citarla en semejante lugar.

Se fue acercando lentamente, mirando a todos lados como distraída, dando algunas vueltas cada vez más cerca del lugar de la cita.

De pronto una voz sonó a sus espaldas:

—Hola, guapa.

Se volvió y miró de arriba a abajo al hombre que le había hablado en un español claro, perfecto. Sonreía presuntuosamente y había en sus ojos un brillo de malicia pésimamente contenida.

—Hola —sonrió Brigitte.

—¿Inglesa?

—No. Americana.

—Ah... Yo soy español... De Toledo. Pero me gusta este lugar, y creo que cada persona debe estar en el lugar que más le gusta... ¿Es usted una turista?

—Sí.

—Quizá podría... complacerla en algo. Soy un gran macho español, y podría...

—Ya basta, Simón —rió Brigitte—. Su español es formidable, pero me parece que no conoce muy bien a los hombres que está

intentando imitar… ¿Ha traído el microfilme?

—O sea, que realmente usted es Baby.

—En muchas ocasiones soy Baby. En otras ocasiones soy sólo una muchachita solitaria que escribe cosas en un periódico de Nueva York… Su voz en directo suena igual que por teléfono.

—Me pareció que no debía desfigurarla ni antes ni ahora. Le voy a entregar el microfilme… ¿Ha pensado ya cómo trasladarlo hasta Moscú?

—Naturalmente.

—¿Cómo lo hará?

—Eso es cuenta mía. Deme ese dichoso microfilme y desaparezca, ya que, según entiendo, no le gusta el ambiente de Palma.

Simón sacó una postal y la tendió a la espía.

—Supongo que no necesita explicaciones complementarias.

—Sabré sacarlo de aquí dentro. Es una bonita postal.

—Generalmente me encantan las personas tranquilas, con mucha serenidad y buen temple de nervios. En esta ocasión prefiero las que toman decisiones rápidas. ¿Ha reservado ya pasaje para irse a cualquier sitio lejos de aquí?

—No.

—Vaya a hacerlo ahora mismo. Luego regrese al hotel, pague la cuenta, y márchese. Una vez en el continente las cosas serán más fáciles para usted. En esta isla todo puede terminar mal.

—¿No la llaman la Isla de la Calma?

—Sí… Se refiere al tiempo y a las personas que viven aquí, no a gente como nosotros. Buena suerte, Baby.

—Igual le deseo, Simón.

El agente de la CIA se alejó rápidamente, y Brigitte permaneció durante un par de minutos más contemplando la fachada de la Catedral. Luego tomó un taxi y se hizo llevar al aeropuerto. Allá consiguió pasaje nocturno a Niza, en el vuelo que salía a la una y media de la madrugada.

Tenía tiempo de sobra.

Sin embargo, no se entretuvo por el camino. Tras conseguir el pasaje regresó directamente al Hotel Bahía, pidió la llave, y enseguida la cuenta. Desentendiéndose del sorprendido empleado, se apresuró a subir a su *suite*. Ya en ésta dejó a Cicero en el sofá y

corrió a su dormitorio. Se sentó en la cama, sacó del bolsito la postal que le había entregado Simón, y estudió atentamente los bordes. Encontró el lugar, metió la uña, y comenzó a separar las dos cartulinas pegadas. Simple y viejo pero eficaz truco. Se ladeó para que el microfilme cayese sobre la cama…

Y así fue.

Una pequeña tira negra cayó sobre la colcha. Brigitte la cogió con dos dedos y la colocó al trasluz. Naturalmente, estaba revelada, pero las fotografías eran tan auténticamente microscópicas que no pudo distinguir nada en absoluto. Era imposible, sin una potente lupa o las correspondientes copias ampliadas. Muy bien: ella tenía un visor que podría servir para el caso. Por supuesto que en el negativo no podría ver nada que aclarase la identidad de aquellos personajes, pero nunca se saben los frutos que pueden recogerse por una simple mirada… que no costaba nada.

Se puso en pie, se volvió dispuesta a ir en busca del visor y quedó clavada al suelo, conteniendo apenas el grito de sorpresa al ver ante ella a Simón, palidísimo, con una mano crispada bajo las costillas flotantes del lado izquierdo y empuñando en la otra una pistola con silenciador.

—¡Simón…!

—No debería… estar todavía… aquí, Baby.

—¿Qué ha ocurrido? —Se acercó ella presurosa.

—¡No me toque! Va a mancharse de sangre… Recoja sus cosas y márchese. Por la puerta no. Tendrá que ingeniárselas… de otro modo.

Brigitte se quedó mirando la sangre que se deslizaba por entre los dedos de la mano izquierda de Simón. Luego miró el pálido rostro de su compañero, y vio la determinación que brillaba en aquellas pupilas contraídas, como emitiendo una luz concentrada.

—¿Qué ha pasado? —insistió.

—No pregunte… Ya tiene el microfilme. Ahora lárguese… ¿Tiene ya el pasaje?

—Sí… Sí, sí.

—No pierda ni un segundo más. Su maleta… Recoja todas sus cosas. ¡Vamos! ¡Y procure que esta vez no la sigan!

—Me pusieron un detector magnético, pero lo quité.

—Sea como fuere la han seguido. Saben que está aquí, la han

vigilado, nos han visto… Saben que le he entregado el microfilme, y han querido eliminarme… Pero no conocen Palma como yo.

—Debieron seguirme directamente en un coche, supieron que tomaba el vuelo…

—¡No me dé explicaciones! ¡Quiero que se marche ahora!

—Está bien.

Recogió rápidamente todas sus cosas, las metió en la maleta metió a Cicero en el bolsomaletín, y se quedó mirando a su compañero de espionaje. Simón señaló hacia el dormitorio.

—El cuarto de baño… da al interior… del edificio… Salga por la ventana y baje… ¡Ya debería saber lo que tiene que hacer!

—No quiero dejarlo solo ahora…

—¡Oh, vamos, déjese de sensiblerías estúpidas…! Estamos haciendo un trabajo, y la voy a maldecir si no lo termina… ¡Márchese! Es posible que la estén esperando afuera, pero igual pueden decidir entrar en la *suite* y matarla… discretamente. ¡Adiós!

—¿Le han seguido hasta aquí?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —Casi gritó Simón—. ¡Lárguese de una maldita vez!

—Podríamos escapar los dos…

En aquel momento se oyó un ruidito tenue en la puerta de la *suite*. Simón volvió vivamente la cabeza hacia allí, y luego de nuevo hacia Brigitte.

—Ahí tiene la respuesta —musitó—. Haré lo posible por que no puedan seguirla, Baby.

Se dirigió dando trompicones hacia la luz y la apagó. Brigitte oía su jadeante respiración. Una vez más encontraba a uno de aquellos hombres que por discreción sólo debían ser llamados Simón, dispuesto a dar la vida para que los asuntos de la CIA continuasen adelante, ayudando a un compañero. Simón estaba malherido, y él lo sabía. Por eso mismo ponía sus últimas fuerzas al servicio de la fuga de una compañera que, contra viento y marea, debería continuar el trabajo hasta el éxito final, hasta el completo triunfo.

Se oyó claramente el ruido de la puerta de la *suite* al ser abierta. Un ruido levísimo, pero claramente audible para dos espías experimentados. Simón se dejó caer de rodillas junto a la puerta, y movió la mano, empuñando la pistola, hacia el cuarto de baño. Brigitte apenas podía verlo, pero el gesto era suficientemente

significativo.

Dio la vuelta, corrió silenciosamente al cuarto de baño, y desapareció en su interior.

En el dormitorio quedó apenas el resplandor de varios colores mezclados, procedentes de los anuncios luminosos del Paseo Marítimo de Palma de Mallorca…

Luz… Sombra… Luz… Sombra… Luz…

Capítulo IV

Los dos hombres entraron sigilosamente en la *suite* pistola en mano. Uno de ellos cerró la puerta a sus espaldas, y la salita quedó a oscuras. Pero delante de ellos, por una puerta abierta, veían aquella luz que aparecía y desaparecía en el interior de la *suite*: luz, sombra, luz, sombra, luz…

Se separaron, y cada uno de ellos se acercó a la puerta del dormitorio por un lado, en el más completo silencio. Estaban muy cerca de aquella puerta cuando uno de ellos lanzó una exclamación, al ver el resplandor multicolor reflejándose sobre algo…

Y cuando sonaron los dos disparos amortiguados por el silenciador las balas pasaron rozándole el pecho, con seco restallido, para ir a clavarse en la pared de la salita. Al mismo tiempo el otro saltaba hacia delante y su mano imprimía un gran impulso a la pistola, que golpeó en la muñeca a Simón, arrancándole rudamente el arma con la que había disparado contra el primero.

Se oyó el apagado gemido de Simón, su jadeo debido al esfuerzo para intentar ponerse en pie y pelear con las manos desnudas, pero el hombre que le había golpeado entró en la habitación antes de que pudiese conseguirlo, y su rodilla, salvajemente impulsada, dio en pleno rostro del herido agente de la CIA, derribándolo hacia atrás. El hombre saltó sobre Simón, siempre con la pistola por delante, y la clavó en la garganta del espía americano.

—Está desvanecido. ¡Mira por la ventana del baño! Ella debe de haber escapado por allí… ¡Tira a matar! Ya le quitaremos el microfilme a su cadáver…

El que tan cerca había notado las dos balas disparadas por Simón corrió hacia el cuarto de baño, entró precipitadamente, y en el acto se fijó en la abierta ventana, por la cual, en el exterior, se veía un leve resplandor procedente de distintos servicios y *suites* del

resto del hotel.

Mascullando por lo bajo se acercó allí, apercibiendo la pistola. Vio fugazmente el taburete del baño colocado bajo la ventana, y se dispuso a aprovecharlo.

Sólo eso.

Cuando, siempre fija su mirada en la ventana, se disponía a subir un pie hasta el taburete, algo pasó por delante de su rostro; algo fino, que se clavó muy sólidamente en su garganta rodeándola. Como en una tenebrosa pesadilla de luces y sombras, el hombre vio pasar dos manos ante sus ojos; dos manos que sujetaban los extremos de una correa, o de una cuerda, o cordón… Un cordón que se clavó tan fuertemente en su garganta que la respiración quedó cortada instantáneamente. El hombre quiso reaccionar, pero un pie se metió entre los suyos, le hizo perder el equilibrio, y, al mismo tiempo, el empujón lo lanzaba de cara contra la pared…, mientras el cordón, o lo que fuese, continuaba incrustándose implacablemente en su garganta.

El hombre había visto aquellas pequeñas manos, y supo que quien le estaba estrangulando tan salvajemente era la mujer de dulce sonrisa que habían estado siguiendo. Una mujer que jamás podría vencer su gran potencia muscular… Hizo un esfuerzo, intentando un quiebro de cintura para colocarse dando frente a la mujer pero un rodillazo en los riñones no sólo le sorprendió, sino que le debilitó todavía más. El segundo rodillazo, tan velocísimo como el primero, llegó justo cuando su cara era golpeada nuevamente contra la pared. Y un montón de tinieblas apareció ante sus ojos y fueron espesándose, espesándose, espesándose…

Las «delicadas» manos femeninas no aflojaron la presión ni un instante, y la correa fue clavándose más y más en la garganta del hombre hasta que la cabeza, de pronto, quedó colgando flojamente. Entonces, aquellas pequeñas manos efectuaron una más brusca y fuerte presión de estrangulamiento, antes de que una de ellas soltase un extremo de la correa de cuero tras haber dejado al hombre silenciosamente sobre el suelo, al pie de la ventana, junto al taburete. Los abiertos ojos del desconocido quedaron fijos desorbitadamente en el hueco de la ventana, en aquella luz incierta…

Tras arrebatarle al hombre la pistola Baby se dirigió descalza

hacia la puerta del cuarto de baño. Cuando asomó la cabeza el otro hombre continuaba inclinado sobre Simón, registrándolo febrilmente, a la luz de una pequeña linterna, dándole vueltas hacia un lado y otro, rudamente, malhumorado.

—Éste no parece tenerlo —masculló—… ¡No dejes escapar a la chica!

Le dio otra brusca vuelta a Simón, y se acercó de rodillas a sus pies, dispuesto a quitarle los zapatos. Arrancó uno de ellos y volvió un poco la cabeza hacia el cuarto de baño.

—¿Qué estás haciendo…?

Vio ante él algo que de momento no pudo identificar. Movió la pequeña linterna hacia allí justo en el momento en que también desde el Paseo Marítimo llegaba uno de los ramalazos de luz. Vio unas preciosas piernas femeninas, unos pies descalzos…

Lanzó un chillido y su mano fue en busca de la pistola, que había dejado en el suelo… Plop.

Plop.

Su cabeza estalló con siniestro crujido de huesos. Las dos balas lo empujaron fuertemente por encima del cuerpo de Simón, lo estrellaron contra el quicio de la puerta, y luego quedó tendido de bruces en el brillante suelo del dormitorio.

Luz… Sombra… Luz… Sombra… Luz…

Brigitte recogió la pequeña linterna, y dirigió la luz hacia el hombre de la CIA.

—Simón… ¿Me oye, Simón?

—Mar… márchese… de… de aquí…

—Cierre la boca, querido. Ya he resuelto el apuro. ¿Adónde tengo que llevarlo?

—¡Márchese…!

—¡No sea cabezota! Tengo que ayudarle… ¡Quiero hacerlo!

—Per… perderá el… el avión…

—Me esperará, porque soy muy simpática. ¿Podrá sostenerse en pie?

—No. Márchese…

—No sea flojo y póngase en pie. Voy a ayudarle…

Como en un sueño doloroso y lleno de zumbidos Simón vio ante él un bracito precioso, perfecto, de muñequita. Muy bien: cargaría todo su peso en aquel brazo, convencería a Baby de que nada podía

hacer por él, y así ella seguiría su viaje hacia Moscú. Eso era lo importante.

Llevó pues sus manos al brazo femenino, sus dedos se crisparon en él, y tiró hacia abajo. Contra lo que esperaba el brazo no cedió, y en cambio él ascendió unos centímetros.

—No sea niño —oyó—. Si no estuviese capacitada para ayudarle ya me habría marchado. No podrá convencerme de que debo dejarlo aquí. Haga otro esfuerzo.

Ahora Simón hizo el esfuerzo orientándolo expertamente para ponerse en pie. Y lo consiguió, ayudado por aquel «débil» brazo femenino.

—¿Adónde tenemos que ir, Simón?

—Estoy… en este mismo… hotel, en la… la *suite* cinco…

—Está en el piso de abajo, pero llegaremos allá. Ponga la mano en su herida, apriete las mandíbulas, y tenga firmes las piernas: vamos a bajar. Allá le cuidaré debidamente.

—Sólo… sólo lléveme allá… Tengo a quién recurrir…

—No sea embustero.

—Lo digo en serio… Lléveme allá…, y mañana por la mañana nadie… nadie podrá encontrarme. Tengo… tengo amigos en Palma, se lo… aseguro…

—¿Compañeros de la CIA?

—Claro… Ellos se encargarán de mí.

—De acuerdo. Ahora concentre sus energías en caminar.

Se dirigieron hacia la puerta de la *suite*. Brigitte la abrió, no vio a nadie en el pasillo, y ayudó a Simón a salir. No parecía que a aquellas horas los huéspedes del hotel se dedicasen a recorrer los pasillos. Debían de estar paseando por las playas, o divirtiéndose en Jack El Negro, el más famoso club nocturno de la ciudad, según tenía entendido Brigitte.

Llegaron al piso de abajo sin novedad. Brigitte abrió la puerta de la *suite* 5, entró a Simón, cerró la puerta, y encendió la luz… Ayudó a su compañero a llegar al sofá, encendió un cigarrillo, se lo puso en los labios, y se quedó mirando dulcemente aquel palidísimo rostro.

—Llame a sus compañeros —exigió.

—¿No… no se fía… de mí?

—Quiero saber que queda en buenas manos, eso es todo. No

seguiré el viaje hasta estar segura de eso.

—Está bien. Llamaré…

Descolgó el teléfono, y Brigitte fue al dormitorio. Mientras rasgaba un trozo de sábana oía a Simón pidiendo un número de la ciudad. Cuando regresó junto a él Simón estaba preguntando:

—¿José María?

—… .

—Soy… Simón. Estoy en el Bahía. ¿Puedes venir ahora?

Brigitte se colocó junto al auricular a tiempo de oír la última palabra del personaje llamado José María.

—… algo?

—No, no… Pero te ruego que vengas. Imagínate que estoy malherido y que pido ayuda desesperadamente.

—Siempre con tus bromas, Simón. Voy para allá.

—Te espero.

Colgó y se quedó mirando a Brigitte. Ella asintió con la cabeza, retiró la mano de Simón del boquete de la herida que tenía en el costado, y la examinó críticamente. Luego, sin decir palabra, la taponó como mejor pudo, de modo que aguantase sin perder más sangre no menos de una hora. Por último se inclinó sobre su compañero y lo besó dulcemente en los labios.

—Hasta la vista, Simón.

Fue hacia la puerta. Y sólo cuando estuvo allí la llamó el agente de la CIA.

—Baby.

—¿Sí, Simón? —Se volvió ella.

—Estoy seguro de que ese microfilme llegará a Moscú.

Brigitte sonrió angelicalmente.

—Por supuesto que llegará, querido.

Capítulo V

Brigitte regresó a su habitación, y sin encender las luces corrió hacia el cuarto de baño. Allí sí encendió la luz, y fue a la bañera, en cuyo fondo, bien envuelto con una toalla, apareció el perrito chihuahua, casi asfixiado debido a la tira de felpa que apretaba fuertemente su boca.

—Mon petit —le acarició Brigitte—… Tendrás que perdonarme, pero no podía permitir que organizases uno de tus escándalos de ladridos.

Le quitó la mordaza, y el perrillo quedó temblando en su mano, con los diminutos músculos a flor de piel, estremecidos. La divina espía estuvo acariciándolo hasta conseguir calmarlo, si bien no pudo evitar unos cuantos ladridos tremolantes.

Luego quitó la correa de cuero del cuello del hombre muerto en el cuarto de baño, y volvió a colocarla en el collar del perrito. Siempre con éste en una mano salió de allí y fue a echar un vistazo al otro hombre; cosa innecesaria, pues a simple vista se deducía que una persona con la cabeza reventada de dos balazos no puede jamás continuar con vida.

Recogió sus cosas, salió de la *suite*, y bajó a conserjería. Pagó la cuenta, salió del hotel tras esperar el taxi que habían llamado para ella, y dio al taxista la orden de dirigirse al aeropuerto.

Cuando llegó faltaban catorce minutos para el despegue de su avión, de modo que pudo abordar éste con cierta tranquilidad. Una mirada a su alrededor le hizo percatarse de que en aquel vuelo nocturno viajaban muy pocas personas. Mejor.

El vuelo a Niza duraría alrededor de una hora. Esperaba que fuese tiempo suficiente antes de que los del Hotel Bahía enviasen a alguien a arreglar aquella *suite* para el día siguiente. Posiblemente, con un poco de suerte, dejarían la *suite* tal como estaba hasta la mañana siguiente, en cuyo caso todo saldría perfectamente, si bien

era de esperar que la Policía española recurriese a la Interpol solicitando la captura de la ciudadana norteamericana Brigitte Montfort… Todo eso saliendo las cosas del peor modo posible, ya que era de esperar que Simón y sus amigos de Palma se las arreglasen para hacer desaparecer a tiempo los dos cadáveres, en cuyo caso todo quedaría en aguas mansas, y la señorita Montfort no tendría tras ella nada menos que a la Interpol…

El último pasajero apareció en la pista, casi corriendo hacia el aparato. Y, apenas hubo subido, el primero de los motores comenzó a rugir, tras ser retirada la escalerilla. El hombre se dejó caer en el asiento contiguo al de Brigitte, sin haberla visto siquiera, al parecer. Dejó el portafolios en la rejilla, sacó un pañuelo, y se secó el sudor de la frente, suspirando y resoplando.

De pronto vio a Brigitte a su lado, y se quedó como petrificado un instante.

—Si me descuido pierdo el avión —dijo, reaccionando. Brigitte sonrió cortésmente.

—Ya le he visto correr. Por fortuna llegó usted a tiempo…

—Sí… Caray, me habría fastidiado mucho perder este vuelo. Tengo asuntos muy importantes para esta misma noche en Niza… ¿Va usted allá?

—Igual que el avión —volvió a sonreír la divina.

—¿Igual que…? Oh, sí, claro. He hecho una pregunta tonta.

En aquel momento pasaba la azafata, y le hizo señas al hombre para que, como ya habían hecho los demás pasajeros de acuerdo a las instrucciones del comandante, se abrochase el cinturón de seguridad. Sobre la entrada a las cabinas de mando la luz roja resaltaba las letras impresas en el cristal, con la consabida advertencia: No fumar. No *smoking*.

Pocos minutos después se apagaban estas luces, y la azafata, en nombre del comandante del aparato, les daba la bienvenida a bordo y les informaba de las características del vuelo.

—¿Un cigarrillo? —ofreció el hombre a Brigitte.

—Sí… Gracias.

El desconocido se lo encendió, le sonrió, y luego se quedó mirando con curiosidad el chihuahua, cuya cabeza sobresalía nerviosamente del bolsomaletín.

—¿Es uno de esos perros mejicanos tan pequeños? Una vez, en

una película, vi uno igual: lo tenía Xavier Cugat.

—En efecto, es un perrito mejicano —asintió Brigitte—… De Chihuahua. Algunos los llaman perroratón.

—Resultan graciosos, tan pequeños… Me llamo Luis Capdevila.

—Brigitte Montfort —sonrió la divina.

—Ah, ¿francesa? Habla usted el español mejor que yo. Mis amigos dicen que se me nota mucho el acento catalán cuando hablo el castellano… Bueno, el español. Oh, son cosas de aquí que usted sin duda ignora. Supongo que en Francia también hay diferentes lenguajes regionales.

—Ocurre prácticamente en todos los países —sonrió Brigitte—. Pero no soy francesa, sino norteamericana.

El español la miró como maravillado.

—¿De veras? Pues le aseguro que oyéndola hablar nadie pensaría eso. Y la verdad es que tampoco parecía francesa… Para mí lo mismo podría haber sido usted de Madrid que de Cuenca o de Valladolid. ¿Viaje de turismo?

—De placer, sí —casi rió Brigitte.

—¿Ha cenado? Podemos pedir algo para…

—He cenado ya, señor Capdevila. Pero puede usted pedir lo que desee. Soy de las personas que saben mirar.

—Pero observo que hay muchos asientos libres, de modo que si la molesto…

—No, no… De ninguna manera. Será muy agradable tener alguien con quien conversar durante esta hora de vuelo.

Luis Capdevila sonrió. Pulsó el botón de llamada y el mozo de vuelo apareció rápidamente. El español pidió un par de bocadillos y cerveza fría. Brigitte lo miraba amablemente, sin perder la sonrisa. Capdevila era un hombre apuesto, agradable. Debía de tener unos treinta y cinco años, y sus modales eran amables y correctos. La miraba con evidente admiración, pero con discreción adecuada.

—¿Le damos algo al perrito? —ofreció cuando ya tuvo los bocadillos.

—Él también ha cenado —aseguró Brigitte.

—¿Y qué comen estos bichos?

Brigitte casi se echó a reír.

—Pues lo mismo que cualquier otro perro, en general. Por lo menos así lo creo yo. Me lo regalaron yer, y todavía no sé muy bien

qué es lo que debo hacer con él. De momento le doy leche y carne tierna…, y no parece que le disguste.

—Eso es bueno para cualquier animal, sea racional o irracional, ¿no le parece? —sonrió Capdevila.

—Supongo que sí —terminó por reír la espía.

* * *

De nuevo se iluminó el aviso de No fumar. No Smoking, y los pasajeros recibieron instrucciones de abrocharse los cinturones. Se oía el runruneo de los motores, como zumbidos monótonos de abejorros, casi adormecedores.

Ante ellos y abajo, Niza, brillando cegadoramente en la negra noche, a distancia sin perspectiva… El aparato se aproximaba en franco descenso al aeropuerto, cerca del mar y a los pies de la Colline de la Lanterne, en el gran llano.

—¿Ha estado antes en Niza?

—No —mintió Brigitte.

—¿No tiene amigos aquí?

—No, no…

—Entonces tendrá que alojarse en un hotel…

—Evidentemente.

—Puedo recomendarle uno excelente. Es más, si me lo permite la llevaré a él. Uno de mis socios habrá enviado su coche a recogerme al aeropuerto. Tendré mucho gusto en llevarla.

—No quisiera que se molestase usted…

—¿Molestarme? —sonrió Capdevila—. Por el contrario, será un gran placer. Y…

—¿Sí?

—Bueno —el hombre sonrió simpáticamente—… Sé que los españoles tenemos fama de mujeriegos, de conquistadores, pero…

Brigitte se echó a reír.

—¡No siga! Usted va a proponerme que nos veamos en Niza, ¿no es así?

—Sería muy agradable para mí. Pero si a usted no le parece conveniente…

—¿Por qué no? Estoy viajando por puro placer, y uno de esos placeres puede ser aceptar sus amabilidades. Estaré encantada de

verlo siempre que pueda disponer de tiempo.

—Es usted muy simpática. Y se me está ocurriendo que podríamos empezar a llamarnos menos… protocolariamente.

Brigitte le contemplaba con ojos maravillosamente brillantes, bellísimo como nunca su tono azul cielo.

—Me parece bien, Luis —dijo cálidamente.

—Entonces es un trato, Brigitte —susurró él—. Lamento que esta noche no podré dedicársela, pero mis asuntos… Espero tenerlos resueltos por la mañana, al menos en su mayor parte.

—De todos modos es ya muy tarde. Iré directamente al hotel… que usted me recomiende.

—Si mi socio no ha olvidado enviarme el coche la llevaré allí. Lo prometido es deuda. Y si no ha enviado el coche la llevaré en un taxi. No quisiera perderla de vista.

Se echaron a reír los dos.

El avión tomó tierra, y los pasajeros fueron admitidos en territorio francés previas las comprobaciones de sus pasaportes. Poco después Brigitte y el español salían del vestíbulo del aeropuerto y se dirigían hacia los aparcamientos. Tuvieron que caminar muy poco, pues un hombre apareció ante ellos, saludó a Capdevila, y le dijo que *Monsieur* Ledoret le estaba esperando en la villa. Todo esto hablando en francés, de modo que Brigitte lo entendió perfectamente.

—¿Habla usted francés, Brigitte? —preguntó Capdevila.

—No… Bueno, un poco —mintió la divina.

—Entonces todavía le seré más útil en Niza… Mi socio me está esperando, de modo que esta noche, lamentándolo mucho, sólo podré ayudarla llevándola a un hotel.

—Es más que suficiente, Luis. Ya nos veremos cuando sus asuntos estén solucionados.

Capdevila sonrió, la tomó amablemente del brazo tras señalarle al otro hombre la maleta de Brigitte, y los dos partieron tras del chófer. Llegaron junto a un coche grande, algo viejo y bastante polvoriento. El conductor del coche parecía llamarse Anatole, y siguiendo instrucciones de Capdevila ni siquiera guardó la maleta de Brigitte en el portaequipajes, sino que la colocó junto a él en el asiento contiguo al del conductor.

—Iremos por la Nacional 7, de modo que entraremos en Niza

por Promenade des Anglais. Le gustará ver ese paseo de noche. Unido a él está el Quai des ÉtatsUnis, también muy bonito, más cerca del puerto… Y mientras nos acercamos a Niza podrá ver las luces de muchos yates en la Bahía de los Ángeles… Baie des Anges, en francés… Le gustará Niza.

—Así lo espero. Cuando se emprende un viaje de placer es básico elegir lugares hermosos.

—Ciertamente.

El coche estaba ya en marcha, alejándose del aeropuerto, rodando a buena marcha por la Nacional 7. Luego se salió de ella, tomando un camino poco menos que en pésimas condiciones, y Brigitte miró sorprendida al español.

—Pero este camino… —empezó.

—Hay un tramo en malas condiciones —explicó Capdevila—. Será preciso ahora subir hasta la 202, de modo que entraremos en Niza por Avenue Thiers.

—Ah… Siento ocasionarle tantas molestias, Luis.

—Ya le dije que es un placer. Además, de todos modos tendría que hacerlo para cruzar Niza, pues mi socio vive el otro lado de la ciudad, en Mont Boron.

El coche seguía por el pésimo camino bordeado de pinos de copa chata. Por las ventanillas entraba un delicioso aroma… De pronto se salió del camino y se detuvo bruscamente en un pequeño claro llano, rodeado de pinos por entre cuyo espeso ramaje se filtraba la luz de la luna.

Luis Capdevila metió la mano bajo una axila y empezó a sacar la pistola mientras miraba a Brigitte con una nueva sonrisa sarcástica y maligna, hiriente.

—Querida Brigitte, no es usted demasiado lista, ya que… Plop. Plop.

Luis Capdevila se encogió como si acabase de recibir un cañonazo en pleno estómago, cuando en realidad sólo había encajado dos balas. Suficiente para que quedase instantáneamente fuera de combate y su pistola cayese al piso del coche cerca de los pies de Brigitte, que dejó entonces ver su pistolita de cachas de madreperla con dispositivo silencioso ya acoplado de origen, y apuntó con ella a la nuca de Anatole cuando éste apenas había tenido tiempo de intentar volverse, sobresaltado.

—Quieto, Anatole —ordenó la espía en impecable francés—: las cosas están ahora tomando otro cariz. Luis Capdevila, por entre gemidos, dejó escapar unas palabras rebosantes de odio:

—Maldita… mamaldita… seas…

—Son puntos de vista, querido Luis. Hay quien me bendice. Tendrás que apearte. Abre la portezuela.

—No… no puedo…

—¡Ábrela!

Luis Capdevila movió una mano torpemente hasta encontrar la manecilla, sin dejar de gemir. Abrió la portezuela, y entonces Brigitte lo empujó rudamente hacia el exterior, adonde llegó rodando por el suelo, lanzando alaridos de dolor, de nuevo las dos manos crispadas en el estómago.

—Abajo tú también —dijo Brigitte a Anatole—. Y si crees que te las estás viendo con una niña tonta yo puedo sacarte de tu error… de un modo que no te gustará.

Anatole había comprendido ya perfectamente que no estaba con una niña tonta, de modo que optó por obedecer rápidamente. Brigitte salió al mismo tiempo que él, sin dejar de apuntarle.

—Vuélvete y pon las manos sobre el coche. Los pies bien atrás.

Anatole obedeció también esta orden, asustado por los gemidos de clara agonía de Luis Capdevila, pero dispuesto a entrar en acción a la menor oportunidad. En cuanto aquella mujer se le aproximase por la espalda, pues eso era sin duda lo que quería hacer para quitarle su pistola, él iba a darle una lección que…

Recibió un golpe tan duro en la base del cuello sobre el hombro derecho, propinado por Brigitte con la pistola, que sus rodillas se doblaron bruscamente, mientras se encogía lanzando un aullido de dolor.

—Puedes gritar lo que quieras, amigo mío, porque aquí nadie va a oírnos. Vosotros mismos habéis escogido un magnífico lugar… No, no te levantes: de rodillas estás perfectamente.

Le quitó la pistola con una rápida habilidad que convenció definitivamente a Anatole de que la partida tenía ya un ganador indiscutible. Y tendido de lado en el suelo Luis Capdevila gemía cada vez más débilmente, con las manos llenas de sangre que brotaba de la doble herida en el estómago.

De pronto se calló.

—Uno menos —estremeció a Anatole la fría voz de la divina tras él—. Ahora ponte en pie y vuélvete hacia mí. Tengo algunas preguntas que hacerte.

Anatole obedeció de nuevo. Quedó apoyado de espaldas en el coche, apretándose con la mano izquierda el lugar golpeado, intentando aliviar aquel intenso dolor.

—¿Nombre? —preguntó heladamente la divina.

—A… Anatole…

—De aquí a Moscú no hay tanta distancia que yo no pueda perder incluso una semana —advirtió Brigitte—. Puedo dedicarla a convencerte de que me digas la verdad.

—Es… es la verdad… Soy francés, y… y a él —señaló a Capdevila— y a mí nos pagaron para… para detenerla y llamar a un número de Cannes…

—¿Qué número?

—No lo sé. Era Michel quien lo sabía.

—¿Capdevila es Michel?

—Sí…

—¿Qué hacía él en Palma de Mallorca?

—Le… le ordenaron que… que fuese allí…

—¿A él y a dos más?

—Sí… Sí.

—¿Quién se lo ordenó?

—¡No lo sé, no lo sé! Yo sólo hacía pequeños trabajos… Llevar el coche y cosas… cosas así… Ellos tres se fueron a Palma de Mallorca. Tenían que vigilar el aeropuerto para esperarla…

—¿A mí? —Frunció el ceño Brigitte—. ¿Acaso me conocían?

—Sí. Tenemos fotografías suyas. Recibimos una cada uno, y… y así podríamos localizarla en cualquier momento. Ellos tres fueron a Palma con orden de esperar a… a que hiciese contacto, pues nos dijeron que posiblemente en Palma le entregarían el… ese microfilme que quieren… que querían que consiguiésemos. Yo sólo tenía que esperar en Cannes, para cuando ellos tres llegasen a Palma de Mallorca, después de haberle quitado el microfilme a usted, llevarlos en el coche adonde se nos indicase por medio de la llamada telefónica que Michel tenía que hacer…

—Entiendo. Y Michel te llamó a Cannes, te dijo que fueses a esperarlo al aeropuerto de Niza, y como sólo hay unos treinta

kilómetros pudiste conseguirlo. ¿Es eso?

—Sí, sí…

Brigitte quedó pensativa, siempre manteniendo la vigilancia sobre Anatole. La cosa, según le parecía, estaba bastante clara. En Nueva York habían conseguido seguirla, a pesar de todo. Luego supieron que iba a salir hacia Palma de Mallorca, y puesto que también consiguieron fotografiarla enviaron su foto por teletipo… La esperan en Son San Juan, aeropuerto de Palma, y la siguen. La ven entrar en contacto con Simón, atacan a éste, y ella, seguramente por casualidad, logra despistarlos en Palma mientras va a por el pasaje para Niza. Pero ellos saben en qué hotel está, y puesto que Simón se les ha escapado van a por ella convencidos de encontrarla allí.

El cerco era perfecto, casi irrompible. Casi.

—¿Tienes tú ahí mi fotografía? —preguntó de pronto.

—Sí.

—Dámela. Y cuidado con lo que haces con las manos.

Anatole tuvo mucho cuidado con las manos; sobre todo porque su única arma le había sido arrebatada por Brigitte, y nada podía intentar, en tal caso.

Dentro del coche Cicero ladraba agudamente, sin descanso después de los instantes de paralización por el terror. Y de nuevo el minúsculo cuerpecillo se estremecía violentamente, convertido todo él en un puro nervio tenso.

—Apártate del coche y ponte de rodillas, Anatole. Un poco mes allá… Ahí, eso es.

Brigitte se colocó de lado en la portezuela del coche y metió un brazo. Cogió el bolsomaletín y la sacó.

—Ssst —sonrió—… No seas escandaloso, Cicero.

Metió la mano bajo el cuerpo del perrito y la sacó enseguida con un bolígrafo que, convenientemente manejado, se convirtió en una linterna de fino rayo de luz. Brigitte la accionó y dirigió aquella luz hacia la fotografía que le había entregado Anatole. Efectivamente era ella, sin duda de ninguna clase. Y además la fotografía había sido obtenida precisamente en Central Park…

Sonrió al pensar que mientras ella engañaba al espía de la MVD obteniendo una foto suya, él había conseguido a su vez obtener la de ella… MVD había demostrado ser muy astuto: le colocaba el

aparato localizador mientras ella fumaba el primer cigarrillo, y luego iba a hablar con ella, pero ya convencido de que la agente de la CIA encontraría el aparato magnético. Entonces ella se confiaba… y él la seguía directamente en otro coche.

Sí, desde luego ella no era la única persona lista del mundo. Vivir para aprender.

—¿Cuánto hace que trabajas para la MVD, Anatole? —se interesó de pronto, amablemente.

—¿La… la… MVD…? ¡Yo no trabajo para la MVD!

—¿No? ¿Para quién, entonces?

—¡No lo sé! Michel era quien daba las órdenes… Él decía: Anatole, haz esto; Anatole, ve allá con el coche; Anatole, recógeme a tal hora en tal sitio… ¡Yo no soy un espía!

—Claro, claro… ¿Y quién le daba las órdenes a Michel?

—¡No lo sé!

—Pues ya es mala suerte la mía: el único que queda vivo y es el que menos sabe… ¿No me estás engañando?

—¡Le juro que no!

—¿Me has dicho todo lo que sabes?

—¡Se lo juro!

—No jures tanto, que no es bonito. Bien… Lo siento, Anatole, pero temo que…

Anatole alzó la mano izquierda de pronto, con una gran piedra en ella, iniciando un grito de rabia, de furia agresiva… Brigitte sólo tuvo que apretar el gatillo de su pistola un par de veces, y el hombre fue lanzado violentamente atrás por las balas, sin haber tenido la menor oportunidad de perjudicar a la divina espía. Ella se acercó a él, le pasó un pie bajo el sobaco, y le dio la vuelta, tal como si fuese un gunman del Viejo y Salvaje Oeste que quisiera cerciorarse de la muerte de su enemigo tras el duelo a revólver colocándolo cara al cielo, para ver la muerte en sus ojos…

—Pobre Anatole… Pero al menos has intentado algo; temí tener que matarte en frío. Cosa que no me gusta, de veras, pero… Oh, por favor, Cicero, calla un ratito, cariño… ¿Verdad que vas a complacerme, cariñín?

El perrillo parecía a punto de volverse loco ladrando, pero Brigitte entró en el coche, sentándose ante el volante, y lo estuvo acariciando hasta calmarlo completamente.

—Eres muy comprometedor, Cicero. Tendrás que aprender a tener la boquita callada cuando yo haga algo feo, ¿comprendes?

Dejó la bolsa en el asiento contiguo y se dedicó a registrar el coche, pero no encontró nada de interés. Ni planos, ni direcciones o números de teléfonos, o armas, o radios de bolsillo. Nada. Aquel coche sólo podía servirle para su misión específica: viajar.

—Pues viajaremos —sonrió Brigitte—. Mucho me temo que mi estancia en Niza no es conveniente. Aunque espero que tarden no menos de dos o tres días en encontrar a nuestros amigos Anatole y Michel…

¿Y si Michel llevase encima alguna dirección o teléfono…?

Saltó velozmente de coche y corrió hacia el encogido cadáver del falso Luis Capdevila. Pero un minucioso y experto registro la convenció de que el muerto había tenido todos los datos en la cabeza, prescindiendo de peligrosas anotaciones.

—Mala suerte… Veamos qué me sugiere el mapa de Europa para proseguir el viaje de placer después de este pequeño tropiezo.

Capítulo VI

Llegó a Lyon de madrugada, a pie, tras haber dejado el coche abandonado y sin combustible después de haber recorrido los cumplidos cuatrocientos kilómetros que separan esta ciudad de la de Niza. Apenas en el extrarradio de la ciudad se consideró a salvo. Tomó un autobús en un apeadero, bajó cuando estuvo en la ciudad, y un taxi la llevó a un hotel de mediana categoría, de acuerdo al propio criterio del taxista.

Podía haber utilizado el coche para cruzar ya hacia Suiza. Pero no sólo le habría resultado molesto el cruce de la frontera, sino que habría dejado una clara pista; suponiendo que los suizos no hubiesen pensado que el coche era robado, y, naturalmente, le hubiesen pedido unas garantías que no tenía o la hubiesen detenido para pasar aviso a la Policía francesa e italiana.

Por tanto lo más conveniente, ya que disponía de tiempo sobrado y tenía en su pasaporte la entrada en Francia por Niza, era viajar por este país. Y Lyon era la ciudad importante más alejada de Niza que pudo alcanzar con el combustible que había en el depósito del coche.

En Lyon permaneció poco más de un día.

Por la mañana del veintinueve, viernes, tomó el avión hasta Berna, en Suiza.

Berna era un buen lugar para desde allí dirigirse, ahora sí en automóvil, a un pequeño pueblecito llamado Nimiz, en la orilla del pequeño lago tributario del Neuchatel, a unos veinticinco kilómetros de Berna.

Allí, en Nimiz, y precisamente en el Hotel Berna, que era un bonito balneario, estuvo Brigitte descansando del viaje de placer que estaba realizando. Cicero estaba encantado de la vida en aquel lugar tranquilo, sin disparos, sin muertos, sin hombres estrangulados con su bonita correa de cuero finamente trenzado.

En más de una ocasión Brigitte estuvo tentada de llevar el microfilme a algún lugar donde pudiesen hacerle copias ampliadas, ya que ella no llevaba en esta ocasión su equipo completo con lo necesario para hacerlo por sí misma. Pero le pareció una imprudencia innecesaria, y, por otra parte, en esas horas de completo descanso, estuvo elaborando un plan mucho mejor.

Y más agradable.

Tanto, que se sintió deliciosamente contenta al pensar que iba a volver a ver a Alexandria. Su querido y adorado Alexandria…

Él mismo le había dicho que siempre que le necesitase estaría a su disposición[2].

Pues bien: le necesitaba ahora. Y así, después de dos días de pensar detenidamente en su plan, empezó a ponerlo en práctica el tercer día; esto es, domingo, treinta y uno de julio. El primer paso fue encargar billete de cochecama para el tren que salía aquella noche de Berna hacia el norte de Europa. Su destino: Frankfurt. Hacia el mediodía la gerencia del hotel le garantizó la reserva para aquel viaje.

Y por la tarde, tras una corta siesta, Brigitte envió, siempre por medio de los servicios del hotel, un telegrama dirigido a cierta ciudad en un amable lugar de Alemania Occidental, y a nombre de Barón Wilhem von Steinheil.

El telegrama decía:

DÍA UNO DE AGOSTO A LAS SIETE DE LA TARDE ESPÉRAME EN CERCANÍAS DE CHECKPOINT CHARLIE BERLÍN LADO OESTE BESOS BRIGITTE

Cuando bajó al vestíbulo del hotel el limpio sol hacía olvidar el ligero frío del lugar.

—Tengo entendido que se va, señorita Montfort.

Brigitte se volvió, un poco sorprendida, pero habiendo reconocido ya la voz del hombre.

—Oh, señor Schultz…

—¿La he asustado?

—No, no… Estaba distraída. Sí, en efecto, esta noche parto hacia Alemania.

—La vamos a echar mucho de menos —musitó el hombre; de pronto sonrió, un tanto tristemente, decepcionado—… En especial

yo, no quiero ocultárselo.

—Ah. ¿He despertado su interés… en algún sentido?

Karl Schultz consiguió otra sonrisa no menos decepcionada que la primera. Era un hombre muy agradable, de unos cuarenta años. Tenía algunas canas en las sienes, y eso le hacía aún mes atractivo. Vestía siempre con seria elegancia, con un bonito y siempre adecuado pañuelo al cuello. Tenía el aire de un deportista sosegado, sereno. Una serenidad que estaba muy acorde con el azul claro de sus ojos.

—En muchos sentidos —admitió—. ¿Puedo invitarla a algo? Se está muy bien en la terraza a estas horas. El sol calienta lo suficiente para no molestar, y el frío hace un alto esperando la noche.

—¡Qué palabras tan bonitas! —rió quedamente Brigitte—. Acepto encantada su invitación, puesto que todavía dispongo de dos horas, según creo.

—Supongo que tomará el cochecama de las nueve y media.

—Sí, ésa es la hora que me han dicho. Por cierto, todavía tengo que recoger los pasajes en conserjería.

—Hay tiempo. Además, puede recogerlos al pagar la cuenta. ¿Le parece bien un gintonic?

—Oh, sí, muy bien.

Schultz la tomó del brazo con mucha corrección, y salieron a la terraza. Efectivamente el sol era muy agradable, y no hacía ni siquiera aquel suave frío de restos de nieve. Un camarero trajo el pedido del suizo, y éste alzó su vaso hacia Brigitte.

—¿Puedo brindar por su pronto regreso? —Se esperanzó.

—Pues… Bueno, me temo que no volveré por aquí en mucho tiempo, francamente.

—Comprendo… Bien, entonces podemos brindar por su feliz viaje hasta… hasta…

—Hasta Frankfurt exactamente.

—Es una ciudad que no me gusta. Pero supongo que mi opinión no ha de ser compartida por todo el mundo.

—Evidentemente, señor Schultz.

Bebieron los dos. Karl Schultz estuvo mirando a la espía unos segundos en silencio, indeciso, antes de atreverse a susurrar:

—He pensado… Bueno, creo que soy lo que llaman un solterón,

señorita Montfort, y… Bien, yo me pregunto si a usted la molestaría que nos viésemos en Frankfurt.

—No sé si le entiendo —susurró Brigitte.

—¿Puedo ser sincero con usted?

—Se lo ruego.

—Bien, el caso es que no tengo nada que hacer en este tranquilo, soleado, maravilloso… y aburrido lugar. En cambio, quizás en Frankfurt consiguiese encontrar la decisión necesaria para decirle lo que siento por usted.

—Esto parece poco menos que una declaración formal, señor Schultz. Salvo que lo que sienta por mí sea deseos de asesinarme.

—¡No, por Dios! —Palideció el suizo—. Es precisamente todo lo contrario. Comprendo que en sólo dos días de conocernos usted no esté preparada para darme una respuesta, y por eso he pensado que quizás en Frankfurt, si nos vemos algunos días más…

—Soy una viajera infatigable, se lo advierto.

—Y yo la seguiría a cualquier parte del mundo. Sin jactancia le diré que mi fortuna me permitiría mucho más que eso.

—Temo que se cansaría de dar vueltas al mundo… para nada. Lo siento.

—Comprendo —inclinó él la cabeza; mostró una sonrisa leve, como mortificada—… ¿No es sorprendente?

—¿El qué?

—Lo que me ocurre. Llevo cuarenta años viajando, conociendo gente, personas de todas clases… Y cuando decido tomarme unas cortas vacaciones lejos de todo cuanto conozco, en mi propio país, de pronto conozco a una mujer como ninguna…, y se me escapa.

—En la vida no se puede tener todo —sonrió Brigitte—. Agradezco mucho sus palabras, pero lamentándolo no puedo darle una respuesta más a su gusto.

—Sin embargo, quizás en Frankfurt…

—El gintonic está delicioso, ¿no cree?

—Sí… Sí, por supuesto.

—Y usted tenía razón: se está estupendamente en la terraza a esta hora.

—Sí… Estupendamente.

—Pero debo dejar ya su grata compañía. Aunque viajo con poca cosa siempre requiere tiempo ordenarlo todo para partir. —Se puso

en pie y tendió la mano—. Ha sido un placer conocerle.

El suizo se había puesto velozmente en pie, aceptando la mano.

—También para mí —murmuró—. Un placer… y un poco de tristeza. Le deseo feliz viaje.

—Gracias.

Brigitte se alejó, entrando en el vestíbulo. Se aseguró de que le tenían preparada la cuenta y el billete para el viaje BernaFrankfurt, y subió a sus habitaciones, especulando mentalmente sobre la posibilidad de que Karl Schultz fuese uno más en su camino en aquel viaje de placer. Uno más que quería matarla o que debía morir por intentar arrebatarle el microfilme. Naturalmente no podía fiarse de nadie en absoluto, por buen aspecto y buenos modales que tuviese. Allí estaba ella misma, con su sonrisa de ángel… y sus bien ocultas uñas de tigresa lista para matar a quien fuese necesario. Karl Schultz no tenía por qué ser, necesariamente, todo lo amable y caballeroso que parecía.

Ya en sus habitaciones se dedicó a recorrerlas en busca de cualquiera de sus pertenencias que no ocupase su debido lugar, y por tanto, pudiese ser olvidada.

Pero, como siempre, todo lo tenía en perfecto orden. La agente Brigitte Baby Montfort era de esas personas que pueden hacer el equipaje en un minuto y desaparecer cinco segundos más tarde. No podía ser de otro modo.

Lo recogió todo, llenó la pequeña maleta, se aseguró de que también en el bolsomaletín todo estaba en orden y completo, y descolgó el auricular del teléfono; ordenó que subiesen a buscar su equipaje, colgó, y encendió un cigarrillo, siempre pensativa. Era poco probable que en aquel tranquilo pueblo suizo la MVD hubiese podido recuperar su pista, pero en el espionaje suceden cosas que parecen mucho más que improbables…

La puerta se abrió de pronto, y Brigitte se quedó mirando sorprendida a la empleada del hotel, que había utilizado la llave maestra de las puertas de aquel piso del edificio, y que también la miró un poco sorprendida.

—Perdón —se disculpó—. Tenía orden de arreglar esta habitación… Me dijeron que el huésped marchaba hoy.

—Así es.

La empleada, una mujer alta, nervuda, de rostro adusto, miró la

maleta.

—¿Se marcha ahora? —inquirió.

—Estoy esperando al botones para que baje el equipaje.

—¿Le importa si empiezo?

—No, no. Haga su trabajo.

—Gracias. ¿Éste es todo su equipaje?

—Pues sí.

—¿No se deja nada?

—Estoy segura de que no.

—¿Bolso, sombrerera, sombrilla, chinelas…?

—Lo llevo todo —sonrió Brigitte—. Todo lo mío está bien recogido, no se preocupe.

—Por el contrario —sonrió secamente la mujer, sacando una pistola del fornido busto—: celebro que todo lo tenga en su equipaje, señorita Montfort.

Brigitte tuvo un vuelco en el corazón, pero su apariencia se mantuvo serena, inalterable.

—¿Qué significa esto? Daré parte de su…

—No se canse —cortó la fornida mujer—. En primer lugar no soy del hotel, sino que estoy aquí… clandestinamente. En segundo lugar, como disponemos de poco tiempo no vamos a perderlo hablando. Deme el microfilme.

—¿Está loca? ¡No entiendo de qué me habla!

—El coche de Niza fue encontrado cerca de Lyon; en Lyon supimos que una tal Brigitte Montfort había tomado el avión con destino a Berna; en Berna, tras dos días de laboriosas investigaciones encontramos la pista hasta aquí. Como ve, nuestro sistema de localización es muy bueno, señorita Montfort. Ahora dispone usted de cinco segundos para entregarme el microfilme. Uno…

—¿Y luego? —inquirió Brigitte.

—¿Quién sabe lo que puede ocurrir luego? Dos…

Brigitte miraba fijamente a aquella casi hercúlea mujer que la amenazaba con una firmeza en verdad escalofriante. La tenía a menos de cinco pasos, con su bata blanca de los empleados del hotel, firme en sus ojos la decisión de apretar el gatillo y desaparecer con el equipaje seguidamente, convencida de que encontraría el microfilme en cualquier parte de él si lo buscaba tras

instalarse en un lugar tranquilo y conveniente para ella.

—… y cinco.

—¡Espere! Voy… voy a darle el microfilme… ¡No dispare por favor!

—Veamos el microfilme. Y no simule que está a punto de llorar, niña. Sé la clase de fiera que es usted. Cuatro hombres muertos entre Palma y Niza es suficiente para saber con quién estoy tratando. ¡Vamos, deme el microfilme!

—Sí, sí…

Brigitte se acercó un par de pasos, se detuvo delante de la mujer, y se quitó el zapato izquierdo. Siempre bajo la vigilante mirada de su enemiga desenroscó el tacón y luego lo abrió por la mitad, de arriba a abajo, sacando del interior una pequeña cápsula de plástico, del tamaño aproximado de un guisante, que quedó perfectamente visible en su mano.

—Aaquí la… la tiene…

—¿El microfilme está dentro de esa cápsula?

—Claro…

—Ábrala. Lo que yo quiero, ver es el microfilme, guapa.

—Sí… Sí, sí, la… la abriré…

Se pasó la cápsula a la mano izquierda; pero con la derecha, en lugar de dedicarla a abrirla, cogió velozmente el zapato que sostenía con dos dedos de la izquierda y golpeó de canto con la suela, justo sobre el tendón del dedo pulgar, la mano armada de la mujer que la estaba amenazando.

La pistola estuvo a punto de saltar de aquella casi nervuda mano, pero permaneció en ella. Sin embargo, un nuevo golpe, ahora con la mano izquierda, la envió por fin hacia un rincón del saloncito. Y al mismo tiempo Brigitte recibía un brutal puñetazo en pleno estómago que estuvo a punto de derribarla, y que, como consecuencias mínimas, la dejó apenas sin aliento, a punto de caer, con una gran debilidad en las rodillas, poco menos que nublada la vista. La musculosa mujer la apartó de un manotazo, desplazándose velozmente hacia donde estaba la pistola.

Se inclinaba para recogerla cuando vio a Brigitte lanzándose a la desesperada contra ella, entornados los ojos, pálido el bonito rostro angelical. Sonriendo cruelmente la mujer la esperó a pie firme, desdeñosa, y cuando la tuvo a un par de pasos volvió a lanzar el

puño, directo contra el seno izquierdo de la divina espía. Era un puñetazo brutal, demoledor…, pero que no llegó a su destino. Brigitte se inclinó, dejando pasar aquella gran mano casi varonil por encima de su cabeza. Inmediatamente sujetó la muñeca con sus manos, dio media vuelta de modo que quedó de espaldas a la mujer, y retrocedió hasta que su espalda entró en contacto con el áspero busto de su enemiga. Entonces se inclinó y tiró hacia delante con todas sus fuerzas.

Sin un solo grito la mujer pasó por encima de ella, completamente desconcertada, perdida la noción del equilibrio. Dio una vuelta en el aire, cayó sobre el sofá, rebotó, y cayó al suelo. Cuando empezaba a incorporarse Brigitte estaba ya junto a ella, descalza, y su pie derecho se proyectaba, fulminante, hacia la garganta de su hombruna antagonista. Acertó de lleno, tirándola contra el sofá nuevamente, pero con tan rápido rebote que las dos enormes manos de la otra mujer se clavaron en sus piernas, y la cabeza golpeó en su vientre. Conteniendo el intenso dolor que la estaba venciendo Brigitte alzó ambas manos sobre aquella cabeza, y las descargó juntas en la sólida nuca de la mujer asesina, justo cuando ésta repetía el golpe de cabeza contra su vientre.

El golpe llegó, pero muy débil, y mientras la mujer parecía aplastada contra el suelo Brigitte salía disparada hacia atrás.

Se puso en pie a toda prisa poco menos que desvanecida, pero la otra mujer, mucho más resistente que ella, se deslizaba a gatas hacia donde había caído la pistola. La desconocida había comprobado ya una cosa: luchando sólo con las manos contra la agente de la CIA siempre llevaría la peor parte, por muy fuerte que ella fuese y muy angelical que pareciese Brigitte.

Y cuando estaba dispuesta a liquidar la sorda pelea, amenizada tan sólo por los excitados ladridos de Cicero, uno de los brazos de Brigitte, en acción desesperada, pasó por delante de ella y se clavó en su garganta. Poca cosa para la hombruna mujer. Llevando colgada de su cuello a Brigitte se puso en pie, resistiendo la presa de estrangulación, y su mano armada se volvió hacia atrás.

Justo entonces vio pasar ante sus ojos una rosa roja.

Una rosa roja acompañada de un desconcertante centelleo metálico. No tuvo tiempo de nada más. Ni siquiera notó el pinchazo del agudo estilete sobre su corazón, por debajo del seno izquierdo.

Ni se dio cuenta de que acababan de matarla. Bruscamente quedó floja, inerte en los brazos de Brigitte. La pistola cayó al suelo, pero ya no era útil para nadie… Lentamente Brigitte la fue dejando caer, sin soltarla hasta que estuvo segura de que no produciría ruido. Se incorporó jadeando, desorbitados los ojos por el esfuerzo y el miedo que había pasado, y volvió la cabeza hacia el chihuahua, que no cesaba de ladrar.

—Calla… Calla, Cicero…

El perrillo ladeó la cabeza y se calló de repente. Brigitte miró a la mujer. Estaba con los ojos abiertos, fijos en el techo; sobre su pecho, aquella rosa roja cuyo tallo era un agudo punzón y que hasta entonces, durante el viaje, la había llevado Brigitte en el ojal, como un bonito adorno.

Estaba Brigitte todavía jadeando, preguntándose qué podía hacer, cuando sonó la llamada a la puerta.

—Un momento —pidió.

Cogió a la mujerona por los pies y la arrastró hacia el dormitorio. La dejó en el suelo, se miró en el espejo, y se arregló el traje chaqueta de viaje. Cerró la puerta del dormitorio y fue a abrir la de la *suite*.

Un botones sonriente entró con aire despreocupado.

—¿Sólo una maleta? —La señaló.

—Sí. Yo misma bajaré el bolso. Espérame abajo, por favor.

El botones recogió la maleta, miró con maliciosa burla al chihuahua, y salió de la *suite*. Brigitte oyó su silbido por el pasillo… Volvió al dormitorio, se inclinó sobre el cadáver de la asesina vencida, y la registró rápidamente. Debajo de la bata llevaba un vestido corriente, y en un bolsillito la llave de una habitación:

la cuatro. Brigitte suspiró aliviada. Se quedó la llave, arrastró a la mujer hasta la puerta de la *suite*, y volvió a abrirla.

—Tienes que quedarte aquí, Cicero. Pórtate bien.

El chihuahua la miraba ladeando la cabeza, excitado pero silencioso ahora. Posiblemente se iba acostumbrando a las actividades de su cariñosa y dulce dueña.

Brigitte cruzó el pasillo y se detuvo ante la puerta número cuatro. Pegó el oído a la madera, pero no oyó nada. Abrió la puerta, la dejó ajustada al quicio, y regresó a su *suite*. Asomó la cabeza, y no viendo a nadie en el pasillo, ni oyendo ruido alguno, tiró del

cadáver de la feroz asesina, arrastrándola hacia la *suite* número cuatro, en la que entró empujando la puerta con la espalda. Dejó caer los pies de la otra y cerró inmediatamente la puerta. Dio la luz, su mirada se fijó en el sofá, y regresó de nuevo junto al cadáver. Arrastró a la mujer hasta allí, se las arregló para alzarla, y la dejó sentada en el sofá.

Jadeando por el esfuerzo todavía perdió unos segundos en arreglar los aplastados pétalos de la rosa artificial y en ordenar las ropas de la muerta. Sería una completa sorpresa para los amigos de la asesina. Aunque era poco probable que comprendiesen el rasgo de humor de la agente de la CIA. La cual salió de la *suite*, regresó a la suya, recogió el bolso con el diminuto Cicero dentro, buscó y localizó por el suelo la cápsula que contenía el microfilme, dejó el bolso otra vez, todavía excitada y no poco desorientada, y pareció recordar entonces que estaba descalza.

—Calma, Baby —se dijo—. Serenidad.

Guardó de nuevo el mocrofilme en el tacón del zapato, se calzó, se aseguró de que todo quedaba en orden, y abandonó definitivamente la *suite*, un poco pálida y muy dolorida, pero firme el armonioso paso, una sonrisa angelical en sus hermosos labios.

Cuando llegó abajo Karl Schultz la estaba esperando junto al mostrador de la conserjería.

—No he podido resistir la tentación de verla una vez más, señorita Monfort —explicó—… ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente. ¿Por qué?

—Bueno… Parece un poco pálida.

—Seguramente es debido a su gintonic, señor Schultz —sonrió ella—. Parece que no me sentó muy bien.

—Lo… lo lamento —casi tartamudeó Schultz—… De veras siento mucho que…

—Está perdonado —rió ella, mientras pagaba la cuenta del hotel —. Pero va a tener un castigo.

—¿Un… castigo?

—¿Tiene su coche a punto?

—Sí… Desde luego.

—¿Sería tan amable de llevarme a Berna?

Karl Schultz sonrió alegremente, si bien un poco asombrado.

—¡Será un placer para mí! —exclamó—. Es más: si me lo

permite la llevaré en el coche hasta la misma estación.

—Se lo permito —rió la divina—. Y puesta a permitirle cosas incluso le concederé la gracia de dejarme instalada en el tren.

—¡Estupendo! Es usted encantadora… ¡Seré su acompañante hasta que me eche de su lado!

—Sólo hasta que el tren salga hacia Frankurt —volvió a reír la espía—. ¿Vamos?

Salieron los dos del hotel. Schultz sugirió que Brigitte esperase en la marquesina mientras iba a por el coche, pero ella prefirió ir con él hasta el vehículo. El botones iba tras ellos cargando con la única maleta de la espía, que colocó en el asiento de atrás del coche. Brigitte le dio una generosa propina y se volvió hacia el suizo.

—Adelante —dijo alegremente—… ¡A toda máquina!

Schultz estaba encantado de la vida. Riendo, puso el coche en marcha, mientras Brigitte lo examinaba críticamente de reojo. No. No se iba a fiar del amabilísimo Karl Schultz.

Apenas a cien metros del hotel el coche conducido por Schultz pasó junto a otro detenido a un lado del camino, y dentro del cual había dos hombres, que miraron a los ocupantes del coche que los dejaba atrás. Fugacísimamente Brigitte vio en el rostro de uno de ellos el gesto de sobresalto, de sorpresa, de desorbitar los ojos… Cuando se volvió a mirar por la ventanilla zaguera el otro coche estaba maniobrando para regresar al camino y tomar la misma dirección que el que conducía Karl Schultz. Pero no se puso en marcha. Todavía, desde lejos, con las últimas luces del día, Brigitte pudo ver a uno de aquellos dos hombres apearse y echar a correr hacia el hotel.

—¿No puede correr más, señor Schultz? —pidió.

—Sí… Pero tenemos tiempo de sobra… Además este camino no es adecuado para correr demasiado.

—Acelere cuando lleguemos a la carretera, por favor. Siempre me ha gustado la velocidad.

—Pues quedará complacida.

Capítulo VII

—¿Ya debo marcharme? —se desilusionó Schultz.

—Eso parece —sonrió la divina—. Su compañía me ha resultado muy agradable, pero el tren va a salir ya.

—Bien... ¿Insiste en que en Frankfurt no...?

—Lo siento, Karl.

El suizo sonrió desganadamente.

—Siempre he sido buen perdedor. Buena suerte, Brigitte.

—Adiós —ella le tendió la mano—. Y gracias por todo.

—Hubiese hecho muchísimo más por usted...

El suizo salió del compartimiento, recorrió el pasillo a toda prisa, y saltó del tren cuando éste ya estaba en marcha, si bien muy lentamente. Desde la ventanilla Brigitte se despidió con la mano hasta que lo perdió de vista. El tren iba tomando una gran velocidad, y muy pronto las luces de Berna quedarían atrás.

Regresó a su compartimiento, cerró bien la puerta, se sentó en la litera todavía no desplegada, y encendió un cigarrillo, pensativa. Sin duda el plan de aquella mujer había sido muy astuto. Había esperado hasta el último momento, para atacarla cuando estaba a punto de abandonar el hotel. De este modo se aseguraba de que el equipaje contenía el microfilme. En cambio, si la hubiese atacado antes el microfilme podía haber estado escondido en cualquier lugar de la *suite*, a la espera de ser recogido en el momento de la partida, lo cual le habría complicado mucho la búsqueda.

En cuanto a Karl Schultz nunca sabría lo cerca que había tenido una pistola lista para ser usada contra él. Pero el suizo no había dado muestra alguna de pertenecer al grupo enemigo de Brigitte, de lo cual ésta se había alegrado mucho.

Una llamada a la puerta del compartimiento la sobresaltó.

—¿Quién? —indagó, un tanto tensa.

—Servicio de camas.

Brigitte se pasó la lengua por los labios. Cogió rápidamente una de las revistas que Schultz había tenido la gentileza de comprarle en la estación, sacó la pistola, la empuñó fuertemente ocultándola con la revista, y abrió la puerta con la mano izquierda. Ante ella quedó visible un empleado de la B. L. S. de los ferrocarriles suizos.

—Buenas noches, señora. ¿Le parece bien ahora?

—Sí, por favor… Pase.

El empleado entró, se dirigió directamente a la litera, y la preparó para dormir. Brigitte permaneció en un rincón del compartimiento, sin perder de vista al hombre ni un segundo. Pero nada ocurrió. El empleado de la B. L. S. suiza acabó su trabajo, preguntó «si la señora deseaba alguna cosa más», y ante la respuesta negativa de Brigitte salió del compartimiento.

La espía cerró de nuevo la puerta y se dejó caer fatigada en la litera, suspirando. Tenía los nervios un poquito excitados, veía enemigos por todas partes, y eso, aunque muy conveniente en general, podía perjudicarla a la larga, haciéndole perder la serenidad.

Pero no la perdería.

Habría sido un lujo mortal.

* * *

Despertó de pronto, sin sobresalto pero sí alerta, cuando sonó otra llamada a la puerta. Se sentó en la litera, colocó la pistola a los pies con la revista encima, e inquirió:

—¿Sí? ¿Quién es?

—Frontera. Pasaportes, por favor.

Llena de cansancio Brigitte empuñó de nuevo la pistola, ocultándola con la revista. Abrió la puerta, y un hombre de paisano quedó ante ella… con una pistola en la mano.

—Retroceda, señorita Montfort —ordenó.

Brigitte estuvo a punto de disparar, pero las circunstancias no eran todo lo favorables que podría desear. Sin duda habría acertado al hombre en un punto vital…, pero quizá no tan rápidamente aniquilador que le impidiese disparar a su vez… Y una herida podía tener como consecuencia el fracaso absoluto de su misión.

Así pues, retrocedió. El hombre entró y cerró la puerta. Señaló la

litera con la pistola.

—Siéntese… Y ponga las manos a los lados sobre la cama, bien visibles. Deje esa revista: quiero ver bien sus manos.

Brigitte obedeció, lentamente. La revista, con la pistola en su interior, quedó a cierta distancia de su mano. El hombre miró vivamente a su alrededor, quizás esperando algún truco preparado en el compartimiento, mosqueado ante tanta mansedumbre.

Por fin pareció ceder un poco en su tensión, y miró sosegadamente a la espía.

—Nos lleva usted de cabeza desde que pisó Europa, señorita Montfort. Es un enemigo mucho más temible de lo que pensamos… ¿Cómo consiguió vencer a Gretel?

—Con un poco de judo y mucha suerte —sonrió Brigitte—. Si me lo permite le diré que su Gretel era una bestia, señor. Jamás vi una mujer semejante.

—Era una «especialista». —El hombre parpadeó—. De veras que no acabo de creer que usted sola la venciese.

—Me ayudaron.

—¿Sí? ¿Quién?

—El hombre que me trajo a la estación. Su nombre es Karl Schultz.

—Oh, sí, sabemos eso —sonrió secamente el hombre—. Pero sabemos también que el señor Schultz no tiene nada que ver en esto. Usted ha sido muy hábil con él, pero no intente complicarle la vida al pobre hombre. Cuando la vimos pasar en su coche casi no podíamos creer lo que veían nuestros ojos, se lo aseguro… No, no, señorita Montfort, nadie la está ayudando. Es usted sola quien va abriéndose camino a través de Europa hacia Moscú. Por sorprendente y humillante que nos resulte hemos admitido ya que una mujer sola nos está burlando continuamente.

—Ése es mi trabajo, señor. Y debo decirle que para hacer toda esta serie de jugadas sucias no era necesario aceptar que un agente de la CIA llevase el microfilme a Domodedovo… ¿Qué se proponen con todo esto?

El hombre sonrió extrañamente.

—Lamento no poder explicárselo —se disculpó.

—La MVD está realizando un gran y estúpido esfuerzo para conseguir una cosa que podría tener a domicilio, señor. Y debo

advertirle que si no regreso a Washington en la fecha prevista la CIA tiene medios abundantes para tomar… represalias.

—La creo. Y me parece lógico. Ahora entrégueme el microfilme. ¿O piensa negarse?

—¿Ganaría algo con ello? —Encogió los hombros Brigitte.

—Por supuesto que no. Si me entrega el microfilme por las buenas su muerte será rápida y tranquila. Si tengo que buscarlo yo en este compartimiento temo que no seré muy amable a la hora de matarla… Se daría usted perfecta cuenta de que estaba muriendo, no sé si me entiende.

—Sí le entiendo. Dígame una cosa: ¿no se ha arriesgado usted demasiado al entrar solo aquí? Soy… una mujer peligrosa, según ha podido ir comprobando.

—No se canse. Mi compañero está esperando afuera. ¿No recuerda? Usted nos vio en el coche, según me pareció. Somos dos, y le aseguro que no podrá salir viva de este compartimiento.

—¿Y usted sí?

—Eso espero.

—Me traerán café muy pronto. Lo encargué, y…

—Le repito que no se canse. Sabemos que no ha pedido nada. Nadie va a venir a ayudarla de ningún modo. Pero, si así fuese, mi compañero del pasillo sabrá resolver la situación.

—Si me matan en el tren, al llegar a Frankfurt los apresarán. Encontrarán mi cadáver…

—No, no. Esté tranquila al respecto —dijo agriamente el desconocido—. Dentro de unos ocho minutos llegaremos a Khel donde el tren tiene una parada reglamentaria. Mi amigo y yo nos apearemos.

—De todos modos encontrarán mi cadáver.

—Lo dudo. Temo que su cadáver saldrá por esa ventanilla cuando crucemos cierto puente. Para cuando encuentren su cadáver todo habrá terminado ya satisfactoriamente… para nosotros, está claro. Por favor, sólo quedan ya siete minutos. ¿Quiere entregarme el microfilme?

Brigitte señaló con la barbilla la bolsa donde Cicero asistía intrigadísimo a la escena, sin duda esperando de un momento a otro la liquidación por muerto de aquel tonto y osado sujeto.

—Lo llevo en el bolso, dentro de un bolígrafo rojo. Se lo…

—¡No se mueva! Yo lo sacaré de ahí.

Se acercó al bolsomaletín, cogió inesperadamente a Cicero por el frágil cuello y lo tiró a un rincón del compartimiento contra el tabique. El perrillo rebotó aullando de espanto, y saltó hacia Brigitte, que lo tomó en brazos en silencio, mirando con fría fijeza al hombre; éste, sin dejar de apuntarla, había metido la mano en el bolso. La tuvo dentro unos segundos, moviéndola… De pronto la sacó, y su mirada se desvió brevísimamente hacia el bolígrafo rojo que había encontrado a tientas.

—¿Cómo se abre? —Gruñó.

—Está roscado de modo normal —indicó Brigitte, desplazándose ligeramente hacia la cabecera de la litera, tensa—. Sólo tiene que desenroscarlo y el microfilme…

—¡Apártese de ahí! No se acerque más a la almohada… ¡Vaya hacia los pies de la litera! Brigitte dirigió una fugacísima mirada de decepción hacia la almohada, como quien intenta disimularla. Pero, tal como era su auténtico propósito, el hombre la captó, y se acercó sonriendo sarcásticamente a la almohada.

—Es un sitio impropio de un espía esconder el arma bajo la almohada… Pero por impropio da resultado a veces. Aunque no esta vez, señorita Montfort: vea cómo requiso su pist…

Había quitado la almohada de golpe y desviado la mirada hacia allí. Fue sólo un instante: el tiempo justo de ver que la pistola no estaba allí, lo que le hizo enmudecer, intuyendo el fracaso.

Buena intuición, porque el arma estaba ya en la mano de Brigitte. El hombre quiso anticiparse a disparar, frenético de rabia y de impotencia, pero su posición era ahora claramente desfavorable. Sin el más leve desvío conforme a los propósitos de Brigitte la bala disparada por ésta se clavó en el centro de su corazón fulminándolo instantáneamente. Cayó de rodillas y luego de bruces tan velozmente como si hubiera sido lanzado desde gran altura. Y en esta ocasión el asustadísimo Cicero ni siquiera tuvo fuerzas para ladrar. Brigitte volvió a dejarlo en el bolso, y se quedó contemplando el cadáver. Miró acto seguido hacia la ventanilla, pero llegó a la conclusión de que le resultaría poco menos que imposible sacar el cadáver de aquel hombre por allí. Y aunque quizá terminase por lograrlo el esfuerzo no valía la pena…

En cambio, sí aceptó el esfuerzo de subirlo hasta la litera tras

alzar las mantas. Lo colocó allí, lo tapó completamente, y miró hacia la puerta. Apretó los labios, la abrió de golpe, y con toda serenidad apareció en el pasillo, pistola en mano.

El hombre que había junto a la puerta dejó escapar el cigarrillo de entre sus dedos, y se quedó mirándola boquiabierto con ojos desorbitados, petrificado de asombro y de espanto.

—Entre ahora mismo —ordenó la espía.

Los azules y hermosos ojos estaban tan congelados que el hombre entró en el compartimiento sin decir una sola palabra.

Brigitte entró tras él, cerró la puerta, sin perderlo de vista, y ordenó:

—Saque su pistola lentamente. Pero primero póngase de perfil derecho con respecto a mí. Si quiere morir sólo tiene que mover la mano más deprisa de lo que me gusta a mí. Empiece.

El hombre estaba palidísimo, fija su mirada en el bulto que se percibía claramente en la litera. Movió la mano todo lo lentamente que Brigitte deseaba, y, de acuerdo con sus instrucciones, dejó caer la pistola al suelo, siempre conservando la postura de perfil derecho con respecto a Brigitte.

—Empújela con el pie debajo de la litera. Eso es… Ahora destape a su compañero, cójalo en brazos, y tírelo por la ventanilla.

—No… No, no…

—Elija entre eso o que yo tenga que tirar su cadáver… El de usted quiero decir, naturalmente. El hombre ya no vaciló más. Bajó la ventanilla, llevó a su compañero allá, y miró a Brigitte, mordiéndose los labios. Pero la espía movió ominosamente la pistola…, y el cadáver fue empujado al negro vacío exterior.

—Ya… ya está…

—Lo he visto. Ahora salte usted.

—¡No! ¡Voy a matarme si salto…!

—Quizá no —sonrió gélidamente la divina—. Con un poco de suerte puede salir librado con seis meses de hospital. En cambio, si no salta…

Movió de nuevo la pistola, y el hombre miró a todos lados, acorralado.

—No… No…

—Como quiera. Espero que podré tirarlo yo misma después de matarlo.

Alzó la pistola un poco más, y el hombre supo que aquella mujer iba a dispararle, a matarlo. Estaba tan claro en aquellos hermosos ojos que lanzó un chillido de miedo.

—¡Saltaré! ¡Saltaré!

—Hágalo ya. ¡Vamos! El tren está disminuyendo la marcha, lo cual quiere decir que nos aproximamos a Khel… Es un buen momento para saltar, porque si tarda tan sólo quince segundos más ya no saltará con vida. ¡Salte!

—Pero es que…

—¡Salte ahora o nunca!

El hombre se volvió hacia la ventanilla, se alzó hasta el borde del duro cristal, pasó las piernas al otro lado, cambió de postura, y apareció en su rostro una expresión de incontenible pavor. Abajo, cerca de sus pies, giraban las solidísimas ruedas de acero, capaces de partir en dos a un hombre con la misma facilidad que tendría un hacha con respecto a un mondadientes.

De pronto se impulsó hacia delante, con fuerza.

Brigitte lo vio un instante en el aire, intentando despegarse del vagón pero describiendo una línea curva que lo acercaba a éste…

Y eso fue todo.

Recogió las pistolas de los dos enemigos, las tiró por la ventanilla, y miró hacia delante, viendo el conglomerado de luces que sólo podía ser Khel, la ciudad mencionada por el primero de aquellos dos hombres.

Poco después el tren se detenía en una de las vías de la estación de empalme. Al lado derecho se veían luces y otros trenes. Al lado izquierdo muchos tramos de raíles y la noche. Brigitte tiró la maleta por la ventanilla, y luego se descolgó ella, llevando en las manos el bolsomaletín con Cicero dentro. Recogió la única maleta rápidamente y echó a andar hacia la oscuridad a toda prisa.

* * *

A las siete de la mañana, derrengada, aparecía en la carretera. Se colocó a un lado, y poco después un coche se detenía junto a ella, al captar su conductor la seña de autoestop.

—¿Qué le ha ocurrido? —Se sobresaltó el desconocido.

—¿Va usted hacia Stuttgart? —preguntó Brigitte en perfecto

alemán.

—Sí…

—¿Sería tan amable de llevarme? Me dirigía hacia allí, pero mi coche se salió de la carretera unos cientos de metros más arriba y me di contra un árbol… ¿No lo ha visto?

—No… No, no. Si puedo hacer algo…

—No hace falta; enviaré un mecánico desde Stuttgart… si usted me lleva allá —sonrió dulcemente.

—Desde luego. Suba. Quizás encontremos algún guardia…

—No, por favor. No quiero complicaciones. Vendrán a buscar mi coche, y eso es todo.

—Como quiera. Dentro de media hora escasa estaremos en Stuttgart.

Capítulo VIII

En Suttgart estuvo tentada de telegrafiar nuevamente al barón Wilhem von Steinheil para citarlo en otro lugar. Pero aparte de que le interesaba partir hacia Moscú desde Berlín, tuvo en cuenta la posibilidad de que él estuviese esperándola en esta ciudad, ya que se habría puesto en marcha hacia allí apenas recibir el telegrama, fuese la hora que fuese; de este modo se habrían desorientado ambos, y todo hubiese podido estropearse.

Así pues, tomó el avión en Stuttgart, llegó a Berlín, y dejó su maleta en el servicio de equipajes del aeropuerto. Almorzó en un restaurante, y luego se dedicó a dar un paseo por la ciudad, descansando en algunos parques… A las siete menos cinco minutos de la tarde, puntual como siempre, una agotada Brigitte caminaba lentamente por Strasse Des 17 Juni, hacia Branderburger Tor, la cual se veía al fondo, como un muy visible aviso de la aproximación al sector ruso, al Berlín Oriental. Y apenas había dado un par de lentos y cortos paseos por aquellas cercanías cuando un rutilante, flamante y deportivo automóvil Mercedes Benz se acercó a ella, colocándose a su lado paralelo al bordillo. La adelantó ligeramente, se detuvo, y la cabeza de un hombre asomó por la ventanilla de aquel lado.

Una cabeza notable en todos los sentidos. Tenía el corte de la de una noble águila, y sus ojos eran negrísimos y profundos; había algunas canas en las sienes, flanqueando una frente amplia, despejada, de evidente y notable inteligencia. Era el rostro curtido de un hombre de presa, de un luchador, de un ser duro como el acero… Brigitte notó el suave golpecito en el corazón al ver aquel rostro. Corrió hacia el coche, entró, y todavía no se había sentado cuando ya sus brazos rodeaban aquel vigoroso cuello, y sus labios estaban en los de hombre.

Fue un beso larguísimo, profundo, sincero… Cuando sus labios

se separaron Brigitte se quedó mirando con gran emoción aquellos negros ojos, el viril rostro curtido, la fuerte sonrisa de aquel hombre excepcional…, y su mano acarició el amplio y solidísimo mentón.

—Alexandria —susurró—… Mi amado Alexandria…

Wilhem von Steinheil le cogió la mano y la besó.

—¿Cómo estás, Brigitte? —susurró también.

—Bien… Oh, muy bien… ¡Y ahora mucho más! ¡No me has olvidado!

Von Steinheil se echó a reír. Su risa era un sonido grave, profundo, tan reciamente viril como cualquier otro detalle de su imponente personalidad. A los cincuenta años Wilhem von Steinheil, el hombre que fue Alexandria durante la Segunda Gran Guerra, el espía alemán que jamás conoció la derrota en África entera, parecía un atleta de treinta años que hubiera tenido el capricho de teñirse el cabello para simular algunas canas en las sienes.

—¡Olvidarte! —exclamó—. ¿Pretendes burlarte de mí?

Ella volvió a echarle los brazos al cuello, y de nuevo le besó apasionadamente, hasta que él la apartó con un gesto suave, y dijo:

—Creo que no es el lugar adecuado para esto, querida —sonrió —. ¿Adónde te llevo?

—No lo sé. No tengo a donde ir, de momento. Primero quería verte. Necesito tu ayuda.

El alemán movió afirmativamente la cabeza.

—¿Tenemos mucha prisa? —preguntó.

—No demasiada… Debo estar en Domodedovo el viernes a las once y veinte de la noche.

—Hay tiempo para un millón de cosas. Te llevaré a mi casa de Berlín, si te parece bien. Pero si prefieres un hotel…

—¡No! —rió ella—. ¡Prefiero estar sola contigo, Wilhem!

El alemán sonrió cariñosamente.

—Está en las afueras de la ciudad. ¿Te parece que por el camino puedes ponerme al corriente de lo que ocurre?

* * *

La casa de Wilhem von Steinheil en las afueras de Berlin era una discreta villa, no muy grande pero sí bien cuidada y moderna, si

bien se adivinaban las reformas que había experimentado lo que anteriormente fuera una casona más clásica. No había nadie en ella, pero todo estaba a punto en su interior… Incluso champán Dom Perignon 55 en el gran frigorífico. Y guindas.

Brigitte tomó, sonriendo dulcemente, la copa que le tendía el ex espía alemán.

—Eres una centella preparando cosas, Wilhem… Y el hombre más encantador que he conocido.

—Estoy convencido de eso.

Ella se echó a reír.

—¿Sabes una cosa?: cuando nos despedimos en Miami hace aproximadamente un año yo estuve llorando mientras se alejaba tu avión. Creo que nunca he amado como en aquel momento. Me sentí… como una niña abandonada.

—Y yo me sentía como un viejo fracasado.

—¡Un viejo! —exclamó ella—. Dices eso porque te gusta oírme decir que eres el hombre más joven y apuesto del mundo. Un gigante, un coloso del desierto, como cuando te hacías llamar Gran Jeque Ibrahim El Zefer.

—Entre otros nombres —rió von Steinheil—. Eres muy amable.

—Y tú eres maravilloso… Y tu champán es delicioso… Y tu casa es un refugio de paz en este descabellado viaje… de placer.

—Estás segura aquí. Y durante los días que te restan de viaje arreglaré todo lo que me has pedido… Por cierto: las fotografías deben de estar ya listas para echarles un vistazo. Las traeré.

Von Steinheil se puso en pie y salió del saloncito. Regresó un par de minutos más tarde, con una tira de fotografías ya reveladas y ampliadas y todavía húmedas. Las entregó a Brigitte, que se apresuró a examinarlas para, de pronto, lanzar una exclamación y señalar una de ellas.

—¡Pero este hombre…! Dios… No comprendo… Este hombre, uno de los seis espías rusos que están trabajando para China comunista, es… ¡es el que se entrevistó conmigo en Central Park!

—Me divierte que te asombres tanto —sonrió von Steinheil.

—Es cierto… Tienes razón, no debería sorprenderme. Creo que empiezo a comprender… Este hombre es, efectivamente, un agente de la MVD. Pero, al mismo tiempo, es uno de los traidores rusos. Debió de enterarse del trato que la CIA hacía con la MVD, partió

hacia Estados Unidos, y envió el mensaje a la CIA diciendo que el microfilme se le debería entregar en Central Park…

—Con lo cual él sabría cuáles eran los seis hombres que iban a ser delatados por la CIA a la MVD como traidores a Rusia. Sabiendo quiénes eran esos seis hombres sólo restaba quitarlos de la circulación de un modo u otro, así que el espionaje de esos rusos traidores no sufriría delaciones puesto que esos seis hombres no podrían ser apresados, ya que él los habría avisado con tiempo suficiente para que huyesen. Para cuando la MVD reclamase el microfilme a la CIA y ésta enviase otra copia los seis traidores estarían a salvo…, y los demás traidores continuarían trabajando contra Rusia y en favor de China comunista, sin miedo a delaciones. Lo que, según creo, debía de ignorar tu colega de Central Park es que él es uno de los traidores que la CIA canjea a la MVD por tres empleados de la embajada norteamericana.

—Así debe de ser, Wilhem… ¡El muy puerco!

Sonriendo, Alexandria la amonestó haciendo unos cariñosos chasquidos con la lengua.

—Una señorita como tú no debe decir esas palabras. Está bien que mates a unos cuantos hombres y a una mujermonstruo pero…

—Ahora lo comprendo todo —musitó Brigitte—. Este hombre es el que me siguió, de un modo u otro. Incluso pudo bastarle tomar la matrícula de mi coche en Central Park, mientras yo fumaba un cigarrillo y él me colocaba el disco magnético… Luego se enteró de dónde encontrarme, me vigiló… Y cuando me vio partir hacia Palma de Mallorca envió mi fotografía a esos hombres que he tenido que ir matando y que deben de formar parte de la red de espionaje que esos traidores a la MVD deben de tener montada en Europa.

—Parece muy aceptable tu conclusión… Sí, eso debe de ser. ¿Realmente piensas… piensa la CIA entregar estas fotografías y datos a la MVD?

—Sí. Jugamos limpio esta vez, Wilhem.

—Vivir para creer… Bueno, en mi opinión la MVD va a recibir una especie de joya, un magnífico regalo de la CIA. Es como… como una alianza, como si fueseis… amigos.

—En el espionaje todo puede ocurrir, ¿no? —sonrió Baby.

—Sin duda. Vosotros vais a salvar a tres norteamericanos de ser

juzgados como espías, desde luego. Pero los rusos van a obtener una información fabulosa. Vuestro servicio secreto en Moscú es muy eficiente, pues he observado que al pie de cada fotografía está el nombre del traidor y la dependencia donde presta sus servicios.

—Trabajamos bien, sea en Moscú o en cualquier otro lugar —volvió a sonreír la divina—. En cuanto a nuestro amigo de Central Park, cuyo nombre es —miró la fotografía correspondiente— Gregori Voronof, creo que tan sólo entregando el microfilme en Moscú voy a fastidiarlo tanto que se arrepentirá de haberme molestado.

—Le durará poco el arrepentimiento, si sus compatriotas logran ponerle la mano encima. Insisto en esto, Brigitte: vosotros vais a ganar la… recuperación de tres norteamericanos, pero la MVD tendrá motivos, gracias a ese microfilme, para estar incluso más contentos que vosotros.

—No importa. Ha sido un trato… amistoso, y por mi parte pienso cumplirlo. ¿No te parece bien?

Wilhem von Steinheil sonrió secamente.

—Soy alemán, y no es fácil que olvide lo que Rusia ha hecho con Alemania. Si el agente de la CIA portador de ese microfilme que va a favorecer a Rusia no fueses tú ya estaría muerto.

Brigitte parpadeó lentamente.

—Lo siento, Wilhem —susurró—…, pero tengo que llevarlo y entregarlo en Moscú.

—Y yo te ayudaré, porque eres tú, Brigitte, mi pequeña amada, quien lo lleva… Me ocuparé de todo cuanto me has pedido, lo dejaremos todo dispuesto para cuando hagas tu entrada oficial en Alemania… Tengo todavía algunos amigos que resolverán los pequeños detalles que has pedido. Y mientras ellos trabajan, y pasan estos casi cuatro días, podemos cruzar la frontera y regresar para que todo esté claro en tu pasaporte. De nuevo dentro de Alemania, podemos venir hacia aquí muy despacio, tranquilos… Puede ser como en Miami. Aquellos días, Brigitte…

Ella dejó la copa y las fotografías, se acercó más a von Steinheil deslizándose graciosamente por el sofá, y abarcó con sus manos las ásperas mejillas del hombre.

—Siempre que el destino nos una —musitó— yo seré para ti tu pequeña amada… Porque siempre, te lo dije, tendrás un puesto en

mi corazón.

Acercó sus labios a los del alemán, y depositó en ellos un beso lento, más bien breve, pero poniendo en él toda la dulzura que sentía hacia Wilhem von Steinheil. Éste acarició sus brazos, la apartó luego suavemente, y la miró a los ojos, de un azul purísimo, inigualable.

—Eres… la persona más sencilla y sincera que jamás he conocido, Brigitte. Si fuese poeta podría… describirte a la perfección; como no lo soy creo que mis palabras te parecerán viejas y cursis: estar contigo es… es como viajar hacia un alto picacho, donde el aire es puro y la luz del sol es limpia y clara, y se olvidan todas las mezquindades y suciedades de mundo, y las tristezas. Puedes matar a una persona, con todo fundamento, y, al segundo siguiente, ser dulce y tierna, porque así lo sientes realmente. Eres temperamental y drástica, dulce y tierna. Eres una persona cuya compañía, cuya amistad o amor es… un regalo sorprendente, maravilloso. Me sentía solo, como inútil en mis propiedades, y de pronto llega un telegrama firmado simplemente por una tal Brigitte… ¿Me creerás si te digo que jamás en mi vida he tenido una alegría semejante?

Brigitte volvió a besarlo, sonriente.

—¿Me sirves más champán? —susurró.

—No —sonrió a su vez Alexandria—. Tengo que dejarte sola un par de horas, y quiero que estés bien despejada para mi vuelta.

—¿Vas a salir ahora? —se decepcionó la espía—. Creí…

—Hay tiempo para todo. Esta noche la aprovecharé para visitar a un amigo. Tiene que arreglarme uno de mis recuerdos de África…

Se dirigió hacia un paño de pared del saloncito, donde había algunas armas blancas colgadas: gumías, alfanjes, cimitarras… Cogió un par de gumías y se volvió hacia Brigitte.

—Mi amigo es un experto en esto. Se cayeron, se estropearon un poco… Se las llevaré ahora, y así cuando regresemos de nuevo a Berlín ya me las tendrá arregladas. —Bajo la atónita e incrédula mirada de Brigitte, Wilhem von Steinheil sacó de un cajón una alargada bolsa de lona y metió dentro las dos gumías; luego se acercó a ella, la besó en la punta de la nariz, y sonrió—… Regresaré lo más pronto posible.

—Pepero… ¿realmente te vas… ahora?

—Sí. Usa toda la casa como si fuese tuya, ya lo sabes.

—Sí… Sí, claro…

—Hasta luego.

Brigitte ni siquiera tuvo ánimos para contestar. Todavía incrédula vio al alemán salir del saloncito, y segundos después oía la puerta de la casa. Se levantó de un salto, corrió hacia el ventanal, y miró a través de los cristales. Wilhem von Steinheil estaba entrando en su coche… Un instante después el vehículo se ponía en marcha, y al poco ya no se oía.

Decepcionada, Brigitte regresó al sofá, se dejó caer en él, y se quedó mirando la botella de champán metida en el cubo de plata con hielo… Lentamente llenó de nuevo su copa, echó en ella una guinda, y la alzó… En ese mismo instante un cristal de la ventana saltó hecho pedazos, una mano armada con una pistola apareció en el hueco, y una voz masculina dijo claramente:

—Ha llegado al fin de su viaje, señorita Montfort.

La mano de Brigitte tembló un instante. Pero enseguida la espía sonrió y movió la copa en dirección a la ventana, diciendo:

—En ese caso concédame el último capricho, Gregori Voronof. Oyó la exclamación de sorpresa del hombre.

Luego vio el rostro más claramente, más cerca de la pistola. De nuevo restalló secamente en el saloncito la voz del hombre:

—Venga hacia aquí y abra este ventanal —ordenó.

La divina espía se puso en pie tras dejar la copa, y caminó hacia el ventanal. Abrió el pestillo, se apartó, y esperó a que el agente traidor a la MVD entrase en la casa. No llegaba solo: tras él entró otro hombre, de cejas muy espesas, manos enormes y ojos diminutos, crueles y fríos.

—Vuelva a sentarse —ordenó Voronof.

—Muy amable.

Brigitte regresó al sofá, se sentó, y recuperó la copa de champán. Mientras ella bebía, el hombre de Central Park, es decir, Gregori Voronof, recogió de encima del sofá la tira de fotografías que contenía los rostros de seis traidores a la MVD y colaboradores del espionaje chinocomunista.

Tras una sombría mirada a las fotografías ampliadas Voronof miró hoscamente a Brigitte.

—¿Ya lo ha comprendido todo? —Gruñó.

—Efectivamente, Gregori Voronof. Pero no crea que estoy… escandalizada. Siempre ha habido traidores. En la CIA hemos tenido los nuestros, y posiblemente surgirán más a lo largo del tiempo… Pero no importa demasiado: a los traidores se les corta el cuello y ya queda todo solucionado.

—¿Así de sencillo?

—Así de sencillo. Como ha podido observar, la CIA le localizó a usted como traidor a la MVD soviética. Naturalmente el agente compañero mío que descubrió esto debió de reírse…, y dejó que usted prosiguiese con sus traidoras actividades. Sin embargo, creo que la MVD no reirá cuando sepa que incluso dentro de ella tiene, por lo menos, un traidor. ¿Qué le ocurre, Gregori Voronof? Parece asustado… Oh, vamos, no me diga que lo que menos esperaba era que su nombre figurase en la lista de seis traidores que la CIA canjea por tres ciudadanos norteamericanos. ¿Ha sido una sorpresa… desagradable?

—Muy desagradable —asintió Voronof, todavía pálido—. Pero el microfilme no va a llegar a Domodedovo, señorita Montfort.

—Éste quizá no —admitió Brigitte—. Pero comprenda que podemos obtener cuantas copias queramos.

—Para cuando llegue la siguiente copia yo estaré a salvo.

—¿En China? —se burló la divina.

—Tal vez.

—No sea iluso. En cuanto usted les diga a los chinos que ha sido descubierto y que tiene que esconderse ellos le esconderán, desde luego…, pero será bajo tierra, meticulosamente degollado. Mucho me temo que está en lo que nosotros llamamos un callejón sin salida.

—Los chinos no harán eso.

—¿No? ¿Y por qué no? Usted no les sirve absolutamente de nada una vez descubierto. Al contrario, puede comprometerlos y perjudicarlos mucho. Vamos, Voronof, usted es un espía, sabe que lo que le estoy diciendo es la simple verdad… Calla, Cicero.

El chihuahua, que había permanecido en el más completo silencio en presencia de von Steinheil, gruñía agudamente ahora, como comprendiendo que aquellos dos hombres tenían intenciones muy diferentes al anterior y muy parecidas a los que habían ido muriendo ante sus asustados ojillos ratoniles.

—¿Me entrega el microfilme? —exigió Voronof.

—Supongo que no tengo otro remedio… Y también se llevará esta tira de fotografías, claro. En fin —suspiró la divina—, diría que, efectivamente, por fin he encontrado un adversario digno de mí y que no podré llegar a Domodedovo, que mi viaje ha terminado…

Voronof insistió, con gesto impaciente:

—Entrégueme el microfilme.

—No está aquí. Lo tengo en un cuarto más adentro de la casa, donde lo he revelado. Por cierto: ¿cómo ha dado conmigo esta vez?

—El telegrama enviado al hombre llamado Wilhem von Steinheil desde Nimiz, desde el Hotel Berna.

—Oh, claro… Se las arregló para enterarse del contenido del telegrama, supo que hoy a las siete estaría en Berlín, en el CheckPoint Charlie o los alrededores, y esperó allí. Me vio llegar y entrar en un coche.

Luego ha seguido ese coche, ha esperado que mi amigo levantase el campo, y al ver la oportunidad está dispuesto a… —Brigitte se pasó la punta de un dedo por la garganta, como si se estuviese degollando—. ¿No es eso, Voronof?

—Eso es. Vamos los dos a buscar el microfilme.

—¿No le apetece un poco de champán con guinda?

—Déjese de actitudes de espía de poca monta… ¡No van con usted!

—Muchas gracias —sonrió la divina—. ¿Su amigo es mudo?

—No. Es que hace lo contrario que usted: sólo abre la boca cuando es absolutamente imprescindible… ¡No me haga perder la paciencia!

—Temo que va a perder muy pronto algo más que la paciencia —dijo Brigitte, alargando la mano hacia la botella de champán—. ¿No es cierto, Alexandria?

Miró hacia la puerta del saloncito, sonriente, tranquila. Gregori Voronof no pudo evitar el gesto instintivo de mirar hacia allí, en el momento en que se oía un silbido seco y corto, un golpe sordo…, y el mango de una gumía quedaba claramente visible sobre el corazón del hombre que le acompañaba.

Voronof lanzó un grito de furia y sorpresa, y orientó inmediatamente su pistola hacia el gigante que había aparecido en

la puerta del saloncito, con otro cuchillo en la mano ya echada hacia atrás… Pero el golpe propinado por Brigitte con la botella alcanzó de lleno en la mano a Voronof, y el arma salió disparada hacia lo alto.

El espía traidor a la MVD corrió hacia el ventanal, con claras intenciones de saltar contra él, de atravesarlo llevándose los cristales por delante… Pero se oyó otro seco silbido, y el mango de la segunda gumía apareció en su espalda. El golpe fue fortísimo, y por apenas medio metro no consiguió Voronof su propósito de llegar al ventanal. Igual que su compañero, quedó tendido en el suelo, muerto instantáneamente por la feroz cuchillada que había partido su corazón.

Brigitte apartó su mirada de él, ordenó a Cicero que callase, y volvió sus hermosos ojos hacia Alexandria, con expresión consternada, alzando la botella de champán.

—Me entristece desperdiciar una sola gota de champán —dijo.

—Pero ha sido un buen golpe —sonrió el alemán—. Y oportuno.

—Oh, Wilhem, soy una estúpida… Te diste cuenta de que nos habían seguido, ¿no es cierto?

—Es cierto —rió el apuesto Wilhem—. Y tú también te habrías dado cuenta si no hubieras estado tan excitada contándome tus… peripecias. Me pareció que debía dar una oportunidad a estos señores para dejarse ver con toda claridad y…

—Y me dejaste confundida y decepcionada al marcharte por un motivo tan tonto.

—No tan tonto. Necesitaba mis armas, querida… ¿Crees que todavía quedará algo de champán para mí?

—Unas gotitas.

Le sirvió en la copa, mientras Alexandria reunía los dos cadáveres en un rincón y colocaba sobre ellos una manta que fue a buscar a uno de los dormitorios. Hecho esto tomó la copa y sonrió.

—Por tu presencia… ¡Deseaba tanto volver a verte!

—No te creo… Si eso fuese cierto habrías ido a Nueva York. Sabes muy bien dónde encontrarme.

—Sí. Pero me pareció mejor esperar a que tú vinieses…

Brigitte bebió el último sorbito de champán, dejó la copa, quitó la que tenía el alemán en la mano, y susurró:

—Pues ya estoy aquí.

Capítulo IX

El imponente aparato de la Mockba inició el aterrizaje, tras haber sido advertidos los pasajeros en inglés, francés, alemán, y, por supuesto, en ruso. Bajo ellos se extendía el supercolosal aeropuerto de Domodedovo, flamante, perfectamente iluminado, grandioso, capaz para admitir con fluidez tres mil pasajeros por hora.

Desde la ventanilla Brigitte miraba aquellas admirables instalaciones con un poco de aprensión y preocupación. Había cruzado Europa contra viento y marea, contra todo obstáculo. Y llegaba a su destino… Por lo menos de eso podría enorgullecerse, considerando las dificultades halladas en el camino.

Aunque no todo había sido dificultades, pues los días pasados con Alexandria habían sido sencillamente maravillosos. Todo, de principio a fin, había sido maravilloso junto a Wilhem von Steinheil: el plácido viaje a través de Alemania, sus noches en albergues de montaña, sus paseos junto a los lagos… Todo. Y mientras tanto los amigos del legendario Alexandria habían estado trabajando para ella. Cuando llegó por segunda vez a Berlín todo estaba preparado tal como ella había pedido. Pero si no salía bien…

Si no salía bien jamás regresaría de tras el telón de acero, y de ahí su aprensión y preocupación. Llegaba a Domodedovo, en efecto, pero… ¿partiría de allí mismo de regreso al hogar?

Sin embargo, tenía la esperanza de que los rusos, igual que los norteamericanos, jugasen limpio esta vez. Se había hecho un trato conveniente para ambas partes. Por primera vez, que ella supiera, un trato serio entre la CIA y la MVD. ¿Iban los rusos a complicarse la vida por una simple agente de la CIA?

Con potente silbido de motores el aparato CCCP 75538 tomó tierra, con gran suavidad, deslizándose luego por la pulida pista adecuadamente iluminada. Por fin se detuvo, y de nuevo en cuatro idiomas los pasajeros recibieron las gracias por su confianza y

elección, así como unos óptimos deseos respecto a su estancia en Rusia. La escalerilla fue colocada y los pasajeros iniciaron el descenso del aparato, para ser recogidos y llevados a cumplir los trámites de pasaporte.

La espía americana se libró de eso: apenas descender del aparato dos soldados rusos se acercaron a ella, y uno preguntó, muy convencido y en ruso:

—¿Es usted la señorita Brigitte Montfort?

—Sí. Mi pasaporte está en…

—Venga con nosotros, por favor.

Brigitte sintió un leve desfallecimiento.

—¿Estoy detenida? —murmuró.

—Venga con nosotros.

Le señalaron el camino, y ella les acompañó. Fueron directamente hacia los grandes vestíbulos atestados de viajeros que llegaban o partían. Con su pequeña maleta y su bolsomaletín con Cicero asomando la cabecita la espía norteamericana cruzó los amplios vestíbulos, un poco encogido el corazón. Adiós, Nueva York; adiós, Miami, Niagara Falls, Acapulco, Rió…

De pronto vio al grupo de hombres esperando ante una puerta de la zona de servicios administrativos del aeropuerto. Al mismo tiempo ellos la veían a ella, y enseguida entraron en un despacho… Cuando los dos soldados se detuvieron ante la puerta uno de ellos la abrió y señaló su interior.

—Por favor: la están esperando.

—Gracias.

Entró. Había seis hombres. Tres de ellos pertenecían a la Policía, dos eran militares, y el sexto era un paisano de ojos verdes, agudos, irónicos.

—¿Podemos ver su pasaporte?

—Sí… Desde luego.

Dejó la maleta en el suelo, pero uno de los policías, obedeciendo la seña de su superior, la colocó sobre la mesa y la abrió, mientras Brigitte entregaba el pasaporte al hombre que se lo había pedido.

—Yo lo haré —dijo el paisano de los ojos verdes.

El policía asintió, y el hombre de los ojos verdes registró lentamente la maleta, sin prisas, sin gran interés, según parecía. Brigitte llevaba dentro muy pocas cosas. Tan pocas que cuando el

hombre de los ojos verdes la miró se sintió inquieta. Y mucho más inquieta cuando aquellos mismos ojos quedaron fijos en el fondo de la maleta, en la tapa del doble fondo. Si lo abría lo descubriría todo: la documentación falsa para escapar, el billete conseguido por los amigos de Alexandria para el siguiente vuelo a Berlín… Todo el plan para una huida de emergencia.

—El pasaporte está bien… ¿Algo de interés ahí, Fedor? El hombre de los ojos verdes negó con la cabeza.

—No… Lo corriente. Muy poco equipaje, desde luego. Supongo que la señorita Montfort piensa permanecer muy poco tiempo en Moscú.

Y la volvió a mirar, con aquella chispa de ironía latente en sus inteligentes ojos verdes.

—Sí, pocos días —aseguró Brigitte—… Dos o tres. Como habrán observado en mi pasaporte soy periodista, y he venido a Rusia únicamente para hacer un reportaje gráfico y escrito sobre Domodedovo, este magnífico aeropuerto moscovita recién inaugurado…

—No lleva usted cámara fotográfica —hizo notar Fedor.

—Pensaba comprar una aquí mismo.

—Estupenda idea —admitió el militar de más alta graduación amablemente—. Bien, señorita Montfort, no es que estemos seguros, pero… Tenemos noticias de que un ciudadano norteamericano iba a llegar en avión para entregarnos algo que le dieron en Estados Unidos. Repasadas las líneas de pasajeros de la Mockba en el vuelo estipulado hemos comprobado que usted es la única pasajera de ese país… Esperamos no habernos equivocado.

—No… No señor. Me dieron una cosa… muy pequeña, y me dijeron que no la perdiese y… Bueno, me dijeron una barbaridad.

—¿Qué barbaridad? —preguntó sonriente Fedor.

—Pues me… me aconsejaron que se la hiciese tragar a mi perrito cuando saliese de Berlin hacia Moscú.

—¿Y lo ha hecho?

—Sí… Sí señor. Y ahora, claro, no puedo darles aquella cosa. Supongo que habrá que esperar a que el perrito… Bueno, a que él mismo nos la proporcione…

Hubo un cambio de miradas entre los rusos.

—Esperemos que se decida pronto su perrito, señorita Montfort.

Mientras esperamos, si no tiene inconveniente, quedará bajo nuestra custodia.

—¿Pero y si no… lo devolviese?

—Entonces, lamentándolo mucho, habría que sacrificarlo. No puede ser de otra manera. Por favor, ¿nos lo entrega? Le aseguramos que será tratado con amabilidad.

Brigitte se mordió los labios. La seguridad que había querido tener de que nadie más podría quitarle o encontrarle encima el microfilme le iba a costar la pérdida de Cicero, con el cual se había encariñado. Pero no eran momentos de sentimentalismos.

—Está bien… ¿Puedo marcharme?

—¿Tiene ya hotel?

—No…

—Dos de mis hombres la llevarán en un coche oficial y la instalarán según sus gustos y preferencias. Le deseamos una feliz y enriquecedora estancia en Moscú. Si necesitase algo no vacile en pedirlo. Cualquier cosa.

—Gracias. Pero el perrito…

—Haremos lo posible por devolvérselo. Depende de él.

—Bien… Adiós…

Acarició la diminuta cabeza de Cicero, que comenzó a gemir cuando la espía se dirigió hacia la puerta. Y cuando Brigitte hubo salido de allí todavía oía los lamentos del pobre Cicero, que indudablemente también se había encariñado con su ama. ¡Ojalá se lo devolviesen!

* * *

Pero el momento de la partida llegó y Cicero no había sido devuelto a su dueña. Desde uno de los vestíbulos, un enorme vehículo llevó a los pasajeros al pie del avión que Brigitte debía abordar. Y cuando estaba descendiendo de él bastante deprimida oyó a su lado, junto al vehículo, un agudísimo ladrido de estremecida alegría. Se volvió velozmente.

—¡Cicero! —exclamó.

Una mano masculina se lo tendió, y el animalito empezó a lamer desesperadamente las de Brigitte, que lo acariciaba con ternura. Cuando alzó los ojos se encontró con aquellos otros, irónicos,

inteligentes…, verdes.

—Su perrito se portó muy bien. Pero pensamos que usted se movería más libremente por Moscú si nosotros se lo custodiábamos. ¿Obtuvo un buen reportaje… de todo?

—Sí… Sí, sí. Oh, muchas gracias por todo, señor…

—Fedor Kosarin. ¿Sabe que su perrito tiene un curioso nombre?

—¿Curioso? ¿Por qué?

—¿No sabe usted quién era Cicero?

—Pues no… Creo que no. Sé que he oído ese nombre, lo recordé, y me gustó, eso es todo.

—Cicero fue un gran espía. Pero claro, usted no entiende nada de estas cosas, ¿verdad?

Brigitte estuvo a punto de sonreír al ver, más clara que nunca, aquella fina y casi simpática ironía en los verdes ojos de Fedor Kosarin.

—No… No entiendo nada de esas cosas…

—Claro. Es natural. Buen viaje, señorita Montfort.

—Gracias. Lo he pasado muy bien en Moscú —sonrió dulcemente—. Ha sido un verdadero viaje de placer…

Este es el final

Pitzer entró muy excitado en el salón, donde Brigitte estaba escribiendo algo en una hoja de papel apoyada sobre un libro.

—¡Lo consiguió! —exclamó—. ¡Cielos, niña, lo ha conseguido!

—¿Han soltado a los tres empleados de la embajada en Moscú?

—Han salido hacia aquí, en avión, hace ya hora y media. Llegarán esta noche a Washington… ¡Lo hemos conseguido!

—¿Ha dicho lo «hemos» conseguido? —Brigitte le miró irónicamente—. Es usted de una desfachatez que espanta, tío Charlie. Usted en su floristería tan tranquilo y yo jugándomela por esos mundos, y dice que lo «hemos» conseguido. ¡Ládrale, Cicero!

El chihuahua, que estaba como un potentado en el sofá, ladeó la cabecita, miró a Pitzer, y soltó un penetrante ladrido: Pitzer y Brigitte se echaron a reír. Peggy apareció en el salón portando un gran ramo de rosas rojas, preguntando:

—¿Dónde las pongo, señorita?

—Donde te parezca, pues tienes tan buen gusto como yo para estas cosas. ¿De dónde han salido?

—Las he traído yo —dijo Pitzer—. Fueron encargadas desde Washington por *Mr*. Cavanagh, el cual me pidió que le dijese estas palabras: «ahora sí podemos almorzar juntos cualquier día, Baby Felicidades y… mi admiración más profunda».

—Simón siempre fue muy amable conmigo cuando estuvimos juntos en aquella misión… Bueno, yo me entiendo con mis recuerdos. Por cierto: ¿qué sabemos del Simón de Palma de Mallorca?

—Salió del apuro, y envió un mensaje diciendo que le debía la vida a usted. ¿Qué está escribiendo, querida?

—Un telegrama a un amigo. Estoy… redactando el borrador porque quiero que quede bien claro, que se entienda perfectamente. Aunque la persona a quien va destinado no es precisamente torpe.

—Vaya, parece que lo admira… ¿Quién es esa persona?

—Un amigo. —Brigitte entornó los ojos con dulce expresión.

—Ya veo, ya… ¿Puedo leer el telegrama?

—¡Claro que sí! —rió Brigitte—. Su alma de espía reventaría si no pudiese echarle un vistazo a este papel. Lea, hombre, lea.

> SIN NECESIDAD DE TRUCOS HE REGRESADO A CASA SIN CONTRATIEMPO *STOP* TODO PERFECTO *STOP* TE ESPERO CUALQUIER DÍA EN CUALQUIER MOMENTO PERO MIENTRAS TANTO PUEDO ASEGURARTE QUE JAMÁS OLVIDARÉ ESTE VIAJE DE PLACER *STOP* BESOS BRIGITTE

FIN

Notas

[1] Esta parte de la conversación está referida a la aventura de Brigitte titulada *Baby no contesta*. < <

[2] Véase la aventura titulada *El espía alemán*. < <